

San José, Costa Rica

1926

Sábado 25 de Setiembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Carta de americano para americanos*, por Franz Tamayo.—*El interés público*, por Rómulo Tovar.—*Una obra definitiva en las letras hispanoamericanas*, por Carlos Wyld Ospina.—*Discurso del Dr. Ricardo Rojas*.—*Keyrserling en Asia*, por Frco. García Calderón.—*Dos cartas de José Vanconcelos*.—*De la belleza*, por Clara Diana.—*Señas de escritores* (segunda lista).—*La canción de la vida profunda*, por Porfirio Barba Jacob.—*Una hermosa poesía*, por Edmundo Velázquez.—*Anoche hice, poeta, un milagro en el mar...*, por Pío Tamayo.—*El amador engalanado*, por Amarú.—*Bibliografía titular*.—**EDAD DE ORO:** *Las perdidas de Juan Bueno*, por Rubén Darío.—*La raíz y el gusano*, por Blanca Milanés.—*Fray Juan Bernardes y Buda*, por Teixeira de Pascoaes.—*Ofir*, por Eugenio de Castro.

Carta de americano para americanos

La Paz, 24 de agosto de 1926.

Señor don Jorge Mañach,

Avenida del Pte. Gómez, 64.

Jesús del Monte,

La Habana, Cuba.

Muy estimado señor Mañach,

García Monge me manda los recortes con que se ha servido usted favorecerme y por los que veo cuanto en la Habana se dijo por usted y por el señor Aznar sobre algunas opiniones mías tocante a raza Americana.

Yo le estoy muy agradecido por todo lo dicho y aun más como americano por la victoria que usted obtuvo sobre Aznar, quien, en medio de durezas para mí, de circunloquios periodísticos y de tartamudeos de conciencia literaria, acaba finalmente por conceder cuanto usted pidió. Espero o temo (no sé cual) que estas victorias americanas sobre españoles a que nos han habituado los libertadores, se multipliquen en lo porvenir, no ya en lo material de las cosas, sino en lo inmaterial de las ideas. Todo sea *ad majorem Americae gloriam*.

Pero respecto del señor Aznar, cuya bonita prosa admiro, yo le habría dicho a estar más cerca de él y a poder responder más oportunamente, con una palabra del grande Bernard Shaw: *I am not arguing, I am telling you!* Esto para señalar cómo yo, escritor americano, muy americano, me colocaba en situación de ánimo y de intención muy distinta a la de él, escritor español, demasiado español. (Estos crescendos quieren ir en mayor laude del culto señor Aznar). Le habría dicho además, a la manera de cierto argumento griego para probar el movimiento, vea, señor Aznar, cómo Mañach, americano, me entiende, hasta en ciertos detalles como el de los ojos azules, y usted español de nacimiento y de cultura, no me hace el mismo honor, con ser el más hidalgo de los escritores peninsulares... *quod erat probandum*, según mi carta a Vincenzi.

Porque yo debo decirle, querido señor Mañach, que en este punto de la interpretación de mi carta, el señor Aznar tiene razón cuando pretende que yo atribuyo incompreensión del alma americana a los españoles de todo tiempo. Esa es la verdad. Hablé yo del desprecio fundamental del español para el americano, y olvidé decir que ello provenía de fundamental incompreensión. Estimo yo que éste es el punto fundamental de todo nuestro debate. Más aún, me inclino a creer que de todo debate humano, pues los hombres luchan y se mueren de no comprenderse y de no comprender bastante. A punto es esto que tengo una grave sospecha, y es que los hombres no tienen mayor tarea sobre la tierra que la de comprender y que para eso sólo vinieron a esta vida. Hay pues que comprender, y éste es un grave, muy grave negocio. Conozco hombres que pueden muchas y muy plausibles cosas, pero que comprenden mal, o no comprenden nada. Tengo para mí que se puede ser un gran artista, un santo o un sabio, y que si no se comprendió en la medida precisa, se ha marrado la propia vida. Es entendido que todo cuanto digo puede ser una pura extravagancia de este su humilde servidor, señor Mañach; pero *así no más*, como tan sabrosamente decimos en criollo.

Pero en fin, es preciso entenderse. Que usted, señor Mañach, me pida menos razones para entenderme, es fácilmente aceptable dentro de mi tesis: usted es americano, somos americanos. Que el señor Aznar me

entienda menos y me pida mayores razones, se acepta igualmente y con la misma facilidad: es español, y todo es muy claro. Honradamente, yo estoy obligado al mayor esfuerzo. Hélo aquí.

En esta pobre vida humana todo es graduado y relativo en lo referente a entendimiento y comprensiones. Hay incompreensiones e incompreensiones. Por razón de tiempo, por razón de espacio o distancia, por razón de deficiencia intelectual, por incompreensibilidad propia del objeto estudiado, quien sabe por cuantas razones más. También por razón de heterogeneidad de almas y de naturaleza, caso hispano-americano. (Estas catalogaciones escolásticas me repugnan temporalmente, pero al instante me son indispensables). Yo debo dar algunos ejemplos de incompreensión, para que lo que yo dije de los españoles no se tome coléricamente, como parece que se ha tomado.

Movido por ciertas alusiones del admirable Paul Deussen, yo tuve que releer últimamente un diálogo de Platón,— el Parménides. Pues bien, yo que pretendo entender a Platón, confieso que no comprendo el Parménides. Entiendo literalmente todo el argumento dialéctico del diálogo, pero no alcanzo a comprender la necesidad intelectual y científica del mismo. No comprendo como se puede derrochar la máxima agudeza dialéctica, tanta profundidad analítica, tanta fuerza mental para disociar las más sutiles atomizaciones del pensamiento humano, tratándose de un problema que a mí ya no me parece problema ni me significa enigma alguno. Y he aquí como yo, entendiendo literalmente el Parménides, no alcanzo a comprenderlo debidamente. Entonces, viejo estudiante como soy, tengo necesidad de hacerme artificialmente una recomposición de lugar y de tiempo. Tengo que decirme que cinco siglos antes de Cristo, probablemente la evolución mental de nuestra humanidad era tal, que consentía como posibles

La Paz, 1.º de setiembre de 1926.

Señor J. García Monge,

Ap. Correos Letra X.

San José de Costa Rica.

• Mi estimado amigo,

Le mando a usted copia de la carta que hoy envió al señor Mañach, cuyos recortes de prensa tuvo usted la bondad de transmitirme.

Temo que mi carta sea demasiado larga para su REPERTORIO. Aquí se la ha publicado por fragmentos. Si el americanismo fonce de mi literatura no detona en su revista, seguiré colaborando en ella de vez en cuando.

Muy suyo siempre, affmo. S. S.,

Correos: Casilla 32.

F. TAMAYO

ciertos gustos, ciertos trabajos, ciertas investigaciones, y todo ello en forma y manera que ya no son practicables en nuestros días. Algo más, traigo a colación una vieja experiencia que tengo y que consiste en lo siguiente: a veces a través de milenios de historia literaria e intelectual, reaparecen esporádicamente inteligencias y maneras de la inteligencia que al instante parecían haber desaparecido para siempre de la escena del mundo y de la vida. Así tocante a Platón. Siglos después de muerto el filósofo, en Alejandría aparecían ciertos maestros que resucitaban el pensamiento platónico justamente en la materia y en la forma que semejaban haber envejecido y pasado para siempre. Pero aún más, pasado y muerto el neoplatonismo alejandrino, es en pleno siglo XIX que esa resurrección se repite en la persona de uno de los hombres más apreciables del pensamiento occidental, Thomas Taylor, en quien encontramos, al lado de una cultura plenamente occidental y moderna, un gusto, una preferencia por aquello que justamente era moda y necesidad del tiempo de Platón, y ya no es más de nuestro tiempo.

Todo esto sobre las incomprensiones por razón de tiempo.

Por razón de incomprensibilidad propia del objeto estudiado: la teoría de Einstein es tan profunda que, complicada con mi impreparación técnica en matemáticas, se me hace casi del todo incomprensible. Me consuelo con un consuelo de necios: de diez expositores de Einstein en Europa, nueve no han comprendido aun a Einstein.

Pero vengamos a nuestros negocios, y toquemos la incomprensión por heterogeneidad de alma y de naturaleza. Usted recuerda, señor Mañach, mi tesis sobre la influencia de la tierra, etc. Yo creo que la incomprensión de españoles y americanos viene de que la tierra americana engendra y cría una sangre humana, así sea blanca, mestiza o india, distinta, muy distinta de la sangre humana española. A esto se añade la historia triste y estúpida de trescientos años de colonia española, que no está seguramente para borrar naturales disidencias ni para aproximar sangres dispares y distintas. Aproximémonos un poco a lo que está a nuestro alcance,—la experiencia literaria.

De cien americanos medios (como ustedes han dado en llamar) ¿cuántos dejan de dormirse a la media hora de lectura del Quijote? Mi experiencia es esta: cierto paisano mío que pasa por hombre culto (y creo que lo es) me dijo un día heroicamente franco: «el Quijote me revienta». De oírlo sentí yo una profunda alegría en mi asiento de investigador americano, porque el hecho comprobaba escandalosamente una de mis tesis favoritas, la incomprensión por razón de sangres; y sentí a la vez un calambre doloroso en mi corazón de hombre al ver cómo los dioses colman a la humanidad de dádivas divinas como el Quijote, para que el hombre las tire a los puercos, como mi paisano. Pero ordeñemos un poco de leche

más de esta piedra. La voluntad y la inteligencia pueden mucho. El americano medio que a fuerza de errar acaba por gustar del Quijote ¿qué gusta en el Quijote? La fluidez mecedora del estilo, la precisión y corrección del mismo, de que tampoco se da cabal cuenta, porque hay que ser técnico, pero de que instintivamente goza y se beneficia, y gusta sobre todo de la enorme bufonada aparente que significa la gran novela. ¿Y esto es comprender el Quijote? Oh seguramente no. Por cierto que no iré yo a suscribir a la tendencia muy moderna de encontrar todo en el Quijote, hasta un curso de derecho o de moral, en un libro que es sólo un monumento de arte, y por ello un prodigio que está por encima de todos los derechos y de todas las morales. Precisa ser un crítico moderno, infecundo y decadente a la manera de ciertos lenguajes del imperio de oriente, para encontrar semejantes boberías en las obras maestras. Mas por otra parte el americano medio jamás hallará ciertas cosas que hay en el Quijote y que sólo los comprendedores podemos ver, no ya por razón de sangre, sino por razón de máximo esfuerzo comprensivo y cultural. Daré dos casos pudiendo dar doscientos. La escena del león y la escena de la muerte de Don Quijote. No hay en Shakespeare, el rey de la tragedia, no hay en Sófocles, el dueño del dolor humano, más profundo alarido de la miseria y de la grandeza humana a un tiempo. Y esto es lo que el americano *medio* no comprenderá jamás, porque de comprenderlo tendría que leer llorando a lágrima viva más de un pasaje del prodigioso libro, lo cual no se ha visto nunca en estas tierras de rastacueros y de niños malcriados, que es todo lo que de América sale hasta este momento, por lo menos a flor de Boulevard y al alcance de la observación europea.

Otra experiencia más, siempre personal, ya que por temperamento yo siempre afirmo sólo lo que me consta y lo que he tocado con mis manos.

Nada hay más indiscutible que el temperamento lírico y poético del americano. Espero que todos estamos de acuerdo sobre el punto. Pues bien, yo he hecho vibrar la cuerda clásica española a los oídos de varios críticos y poetas nuestros, incluso Rubén. En el mejor caso encontré meras evasivas acquiescencias intelectuales. «Sí... es verdad... naturalmente... es admirable...» y basta. Un día yo apreté el problema por la garganta, y lo puse delante de un poeta nuestro, y no ya con la música velada de fray Luis ni con las dulzuras inauditas de Garcilaso. La experiencia era máxima: el divino Herrera. Se trataba de Hugo y su formidable potencia sinfónica (creo que la Oda a la Columna); y lentamente, mañosamente, traje la cuestión, no por los cabellos sino por la nariz, como los magnetizadores:

Cantemos al Señor que en la llanura
venció del ancho mar al trace fiero...

¿Resultado? Oh hielo polar, oh desmayo

final de todo vuelo lírico! Jamás experiencia pudo ser más desesperante ni más feliz para el espíritu crítico! El americano que se derrite con una página de Rubén o de Vargas Vila, se quedó más helado que el Illimani que guarda trescientos mil años de nieve (cálculo oficial de la edad de la tierra). ¿Pero el divino Herrera? Inútil decir que en las Nemeas hay músicas parecidas pero no mayores; que en el Hugo del Sático o del canto napoleónico puede hallarse acordes semejantes pero no más titánicos.

«Cantemos al Señor.....»

El americano medio concede que Herrera es divino, pero a condición de no molestar los oídos con su poesía.

¿Me dejó entender, señor Mañach?

Vengamos ahora al caso opuesto, la incomprensión del español para el americano. La experiencia siempre es literaria.

A pesar de todas las consagraciones españolas de Rubén Darío, yo creo que el poeta nicaragüense no es comprendido hasta ahora por los españoles. Si por comprensión se entiende (y en el arte esto es todo o casi todo) no sólo la intelección literal del poeta, sino la compenetración pasional e idéntica del mismo, (no la conceptual), Rubén Darío sigue siendo para los españoles lo mismo que apareció, *prima facie*, para el viejo Valera, otro Baroja inteligente y sincero. Valera encontró en Darío todas las almas, todas las nacionalidades del arte, menos la española, y eso en buen romance quiere decir que lo juzgaba comprensible para muchas razas y no para la española. Lo que dijo Valera entonces sigue siendo verdad hoy día. No ya gran poeta, que esas son tonterías nuestras, pero sí excelente poeta *minor*, como decían los latinos, Rubén es la mayor expresión poética americana hasta este momento, ¿porque trajo la nota de una cuerda nueva del harpa poética que es el alma humana? No! Eso sería ser un gran poeta. No; sino porque Rubén es admirablemente todo lo que el americano puede ser *hoy día*, y nada más. Y qué puede ser el americano de nuestro siglo? Sólo un eco inoriginal y filial de otras culturas, de otros artes, de otras viejas experiencias humanas, con esta característica: la universalidad como tendencia, como ley evolutiva, y por consiguiente la ruptura con todo exclusivismo español u otro. Y aquí encontramos el punto radical de la incomprensión española: España, país tradicional y típicamente conservador, país asiático a través del Africa que psíquicamente integra, (perdón por la hipérbole), España se indigna cuando siente o presiente esa universalidad de gustos y de tendencias que incurablemente existe en el alma americana, y se queda en la cólera cómica (Aznar) de la gallina vieja que incubó huevos de pato, para ver luego a sus pollos lanzándose alegres en el primer charco que al paso encuentran. Disculparme por lo trivial de las comparaciones: *americanus sum*.

Pero hablemos aún de Rubén Darío ya que es un representativo, y por tanto está llamado a servir para innumerables ex-

perencias teóricas. ¿Acaso toda su poesía no es el reflejo *criard* de algún poeta francés? Me vienen más de doce nombres franceses y ninguno fuera del siglo XIX, de Víctor Hugo a Verlaine, pasando por Banville y Leconte de l'Isle. ¿Y ese arte mimético no le llevó un día a alcanzar un colmo de habilidad y de ironía cuando se puso a hacer el *pastiche* del abuelo español (Los Laves y Dezires), a punto que el lector se pregunta si de esas recreaciones arqueológicas está más ausente el alma auténtica del poeta, que de los tonos y modos tomados al retrato del César Borgia verleniano, por ejemplo? Pero vamos más lejos aún. Cuando en América se encuentra otro poeta que alcanza ya a ser igualmente representativo, como Lugones, ¿no se halla una manifestación de la misma ley que estoy señalando? ¿Acaso en cada libro de Lugones, legítima gloria americana, no hay que preguntarse cuál maestro está hoy de turno, si Hugo por la mañana, Herrera y Reissig por la tarde o Walt Whitman al amanecer? ¿Y la prosa? Quiero hablar de un gran muerto. ¿Acaso el inaudito Montalvo no es otro *pasticheur* de suerte que su prosa de artificio y de imitación acaba por ser más perfecta y más admirable que la prosa original e imitada? ¿Se dirá que todo el arte de Montalvo está hecho de artificio y es falso? No, porque bajo de esa prosa artificiosa queda siempre el genio de ese hombre, genio hecho de espíritu libertario y de cólera humana. (Sea dicho de paso, siempre me incliné a creer que el genio es una especie de cólera sublimada).

Ya nombré a Herrera y Reissig, y en este capítulo de incomprensiones ese nombre puede ser fecundo de más de una observación. ¿Alguien ha entendido a Reissig en España? Nadie; en América tampoco. Y la prueba de esta desinteligencia universal está en que las grandes tentativas poéticas del uruguayo se quedaron sin eco y sin respuesta doquiera se habla español. ¿Y en qué consisten esas tentativas artísticas? En la más audaz investigación de las facultades y capacidades fonéticas y glósicas del castellano, de la lengua estudiada como jamás se hizo en España, de la lengua considerada no ya como subordinado vehículo del pensamiento, sino como materia musical misma, como elemento primario del arte poético, como primitiva *hulé* de toda poesía lírica. Los grandes poetas que además eran grandes artistas, se ocuparon de eso, de ese estudio y de ese trabajo (pongamos a Ronsard y a Horacio entre cien); pero como tal trabajo y tal estudio integran una manera de ser de alma demasiado occidental y ariana en el sentido antiespañol que se puede dar a estos conceptos, resulta fácilmente que un prodigioso artista como Herrera y Reissig es del todo incomprensible para los españoles. Para los americanos también, pero por razón muy distinta, por razón de profunda incultura y puerilidad indecible. Ese enorme esfuerzo musical-poético (por así llamarlo) representado por D. G. Rossetti en Inglaterra o por Mallarmé

en Francia, y superado por Herrera en América, ha pasado sobre el alma española sin dejar la menor huella fecundante y renovadora. Como siempre pensé que para estas incomprensiones españolas jamás faltó la inteligencia, inteligencia española que considero una de las mayores del viejo mundo, sino cierta comprensividad de corazón y de alma más que de cerebro y de concepto, debo apuntar aquí un recuerdo, una experiencia mía muy pertinente, y ello aun a riesgo de hacerme ilegible por lato y fatigante. Este era un caballero español de bonísima familia, criado y educado en Francia y con un gran sentido del arte y de la poesía. Inútil decir que la literatura francesa no tenía secretos para él: tan profundamente la conocía. Pues bien, este caballero confesóme un día que nunca pudo gustar ni comprender de la poesía de ciertos modernos como Juan Moréas, y no del Moréas de los estudios arqueológicos, sino del típico autor de las Estancias. Yo me dije una vez más: he aquí un español que no comprende lo que nosotros comprendemos ni ama lo que nosotros amamos. En esto de comprensiones e incomprensiones, está por mucho el amor, señor Mañach; y el amor es de las cosas que son y no se discuten. En amor no caben filosofías ni filosofastrerías. Pero se dirá y se preguntará por qué esa comprensión que está hecha de sentimiento más que de cálculo no ha de ser posible entre americanos y españoles. Y yo responderé: no es porque nuestras almas persigan objetos distintos, sino porque los persiguen de manera y modo tan diferentes que jamás llegamos a entendernos. Un ejemplo e ilustre. He nombrado al venerando don Miguel de Unamuno. En cierto libro de sonetos, libro estupendo por la extrema desviación en que puede caer un grande espíritu tratándose de cosas del arte, don Miguel escribe esto que ya no es su alma de poeta, sino toda el alma española como yo la siento más que comprendo, al través de siglos de historia política y literaria:

Os gusta? sí? pues seguiré la ronda,
no? por lo mismo! a quien no quiere caldo
taza y media!.....

Esa taza y media es lo que los americanos conocemos y repudiamos para siempre, entre otras cosas análogas y españolas. Esa taza y media que es toda una manera de concebir la vida, de entender nuestros derechos y deberes intelectuales, morales o políticos; esa taza y media que es toda la historia de España, así en la península como en Flandes o en América; esa taza y media que no es latina ni griega, y menos aún sudamericana, tierra de pereza, de *laissezaller* y de dulce eudemonismo indio; esa taza y media que cuando cae a manos del genio nos da un arte terrorífico a fuerza de real y verdadero como en Velázquez y Goya; esa taza y media que ha hecho de España, en medio del concierto europeo, una nación ajena, solitaria y triste, grande en su misma caducidad, pero sin una sola afección verdadera en el continente. Esa taza y media que, tratándose de las cosas del arte y de

la convivencia humana, significa una gran desharmonía, y tratándose de las relaciones políticas y sociales, significa una grande injusticia. Esa taza y media que a pesar de todos los justificativos de la tiranía, está atosigando a la propia España hoy día, pues dicho sea de paso, ¿de qué se queja el noble Unamuno? — Pues hombre, de que el gran Primo le está dando a él mismo taza y media... y nada más.

Acabemos, señor Mañach, con algo oportunísimo que Ud. me sugiere. Se trata de ese movimiento hispano-americano, artificialmente inventado y alimentado, y que puede llamarse la cultura de la unidad de la raza. Con eso se quiere poner los fundamentos de la confraternidad, de la mancomunidad de España y de América. Pero se edifica mal cuando se pone fundamentos de arena, y se va mal camino cuando no se comienza de la verdad y para la verdad. Eso me parece que está sucediendo con este hispano-americanismo de artificio. Ud. habla muy bien de apearnos de las tribunas de la fiesta de la raza, ¿De qué raza, si le place? ¿De la india, de la mestiza o de la blanca? ¿De la india que degollaron primero los españoles y esclavizaron después? ¿De la india que todavía sigue esclava en manos del heredero español en América? ¿De la india que es una casi totalidad en países como México, el gran Perú y el Paraguay? ¿De la mestiza que es casi todo el resto de nuestra América? ¿O de la blanca inmigrada ayer o desembarcada hoy y que atiborra los grandes centros costeros como Buenos Aires? Pero, se imagina Ud., señor Mañach, la mueca de profundo desprecio que el español castizo arrancaríase de su alma si le llamásemos a confraternizar de veras, a mancomunarse de alma y de cuerpo (eso es raza), a hacerse uno y el mismo con los cien millones de indios y de mestizos americanos que en verdad significa la población de nuestra América? Y si llamásemos a aquel indio a hacer lo mismo, ¿no saltaría de nuevo, a través de cuatrocientos años de derrota y de embrutecimiento, aquella palabra condenatoria y repulsora del Emperador Atahualpa por el Pizarro que pocos días después debía ser su asesino, cuando viera que éste no sabía leer como sabían sus propios soldados? Cuatrocientos años parecen poca cosa; pero es probable que la substancia substancial de las almas y de las razas no varía gran cosa en cuatro mil años. *Du bist was du bist* decía el profundo Mefisto goethiano. Entonces ¿qué enorme fraudulencia literaria e internacional estamos haciendo en nuestra fiesta de la raza? Porque la materia de toda esta algarabía es literatura pura, señor Mañach. Y la epopeya española, y la donación de la lengua, y la herencia de la religión, (esos dones involuntarios y *a fortiori*). En cuanto a la gloria de un pasado que jamás será nuestro, pero que fué logrado a sangre y costa nuestra, ya es preciso ver las cosas no desde un punto de vista neciamente americano o interesadamente español. Ya es preciso verlas desde una distancia neutral y útil, como quien dice, mirar los títeres, siquiera una

vez, por detrás del titiritero. Y así por ejemplo, toda esa grandeza épica de la conquista y colonización de América verla desde alguna eminencia ajena pero cultísima (Sorbona, Oxford etc.), y ver bien cómo se juzga y se siente por allá de aquellas famosas Españas conquistadoras y triunfadoras, para saber finalmente cuál ha sido el aporte que esas fazañas seculares han traído a la penosa causa de la civilización, de la humanidad y del mundo. Naturalmente que para estos que son verdaderos estudios es preciso vivir en aquellos centros, y vivir por años, y no pasar por ellos a manera de golondrinas intelectuales o de rastas pedantescos. ¿Que los libertadores nos quitaron el yugo español? Materialmente sí; idealmente no. Todavía el indio americano está entregando el oro puro de su ingenuidad en cambio de baratijas y abalorios trasatlánticos; y la fiesta de la raza significa uno de esos camalaches bobos. La verdadera independencia de América temo yo que aun no ha hecho la mitad de su camino. Todavía están por nacer los Bolívares y Sucre de la América inmaterial y definitiva, digo de la verdadera.

¿Que todas estas cosas que digo pueden considerarse para algunos como desagradables e inamistosas? Puede ser; no lo niego; pero sólo a ese título irreverente y libertario se crea la personalidad y la dignidad del individuo o de las naciones. Para ser alguien hay que dejar de hacer la servidumbre material o inmaterial, económica o intelectual, cualquiera fuese.

Esta carta que es de americano para americanos, encontrará seguramente muchas incomprendiones voluntarias e involuntarias; pero en tierra y en corazón verdaderamente americanos será aceptada. Nada lastima tanto como la verdad dicha por vez primera, y más aun en medio de un consistorio de mentiras seculares que reinan y gobiernan sobre el mundo gregario, como un Olimpo, y de los peores.

Soy de Ud., señor Mañach, atentísimo y devotísimo servidor,

FRANZ TAMAYO

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

El interés público

EN estos días se está celebrando en Aranjuez, una feria escolar en beneficio de la escuela de esa localidad. Es variada la feria y se ha tratado en ella, de mover el mayor número de intereses y de atraerle simpatías al movimiento. Aplaudimos esto. Aplaudimos la diligencia y el entusiasmo y la fe de los organizadores de esos festejos y queremos reconocer que ellos están dando un alto ejemplo a la ciudad, si no al país. Si no nos equivocamos, quien sugirió la idea de esta clase de celebraciones escolares, fué el Lic. don Fabio Baudrit, un vecino de la ciudad, generoso y de superior espíritu. Se recibió su idea con cierto escepticismo y no es sino hasta hoy que vemos organizado todo un movimiento formal bajo el plan concebido por él. Nosotros interpretamos esa idea en el sentido de que los vecinos pueden y deben considerar la escuela como un negocio propio, deben y pueden tratarlo como un negocio propio, con el mismo sentimiento de devoción, con el mismo interés, con el mismo apoyo del hombre creyente por su iglesia, por la iglesia de su vecindario. La escuela es preocupación de espíritu como lo es la iglesia.

No hay como establecer, en lo fundamental, diferencia entre ambas instituciones. Sería injusto decir que la escuela mata a la iglesia o que la iglesia mata la escuela. Las dos obran como en un mismo plano activo. Las dos iluminan la conciencia del hombre, cuando lo hacen bien. Es decir, las dos concurren y se completan para dignificar al hombre. Una supuesta enemistad entre la iglesia y la escuela, no es sino consecuencia de imperativos prejuicios, de limitaciones injustificadas. Tampoco ha de perdurar mucho la idea de la escuela del Estado. Esto no supone sino una necesidad. La necesidad de crear frente a la tradición, la de la iglesia, una novedad, la de la vida civil. Pero lo que será más vivo en el futuro es el concepto de que una escuela es un organismo social: la escuela de la sociedad,

se dirá con gran razón. Entonces tiene que desaparecer toda mezquina prevención entre una y otra cosa. En este camino saludable está [trabajando con muy excelente intención el vecindario de Aranjuez. Su ejemplo va a ser repetido, por la escuela de Colón en el próximo mes. Como se trata de una costumbre nueva, vemos cuantas dificultades tendrán los organizadores de esas fiestas para darles un éxito completo. Sobretudo, hay que hacer grande esfuerzo para crear el interés. Si la escuela hace sentir bien sus fines, si la escuela se transforma a los ojos del ciudadano, si se convierte en un centro al servicio de nobles propósitos, dentro de la escuela hay numerosos propósitos nobles y humanos que llenar, las gentes irán sintiendo simpatía creciente por la institución y pondrán a servicio de ella la determinación de fortalecerla y de ponerla a la altura de los fines que haya escogido para su obra social.

Se irá poco a poco; se luchará con alguna resistencia; habrá necesidad de hacer muchas concesiones. Todo depende del genio con que se hagan estas cosas. De la voluntad de los unos, de la perseverancia de los otros y de la profunda fe en la acción de los demás.

El creyente se vanagloria de que un altar fué contribución suya en el templo; de que esa piedra del muro él la aportó; de que la madera de aquella puerta la trajo él. De que en el enorme edificio consagrado a la oración hay parte suya. Así sea la escuela, para que se convierta en legítima y viviente virtud: que el vecino se enorgullezca de que algo suyo hay en la primera casa de su vecindario: la casa en donde el niño adquiere la conciencia de su vida y de su destino.

RÓMULO TOVAR

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Góma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

No conozco en la literatura contemporánea una obra en que el horror animal se exprese con mayor fuerza que en esta novela del colombiano José Eustasio Rivera.

Tras los más sencillos fenómenos de la vida, en el fondo de las más bellas e inocentes creaciones de la Naturaleza, está la tragedia; lo mismo en la psicología del asesino que en la génesis del lirio. Este sentido trágico de la existencia, observado de antaño por los poetas, ha hecho y hará las grandes obras del arte humano. En *La Vorágine* la tragedia vital es tan intensa, tan desolada como en *El Infierno* y *El Fuego* de Barbusse, como en *Sanín* de Artzybashef, como en Dostoyewsky y Flaubert, sólo que más bárbara y más específica. Sea dicho esto respetando, claro está, las hondas diferencias de genealogía espiritual, de visión humana, de género y estilo entre aquellos libros y el del colombiano ilustre.

La Vorágine no tiene antecedentes superiores a ella en la literatura hispanoamericana. *El Infierno Verde*, de Alberto Rangel, queda reputado por algunos críticos como inferior a la novela de Rivera. Es un libro que asombra, escalofría luego con atracción de sima, y, al volver su última página, deja con ácido sabor de incurable tristeza, la convicción de que la malignidad humana apenas es un reflejo de la espantosa crueldad de la Naturaleza objetiva. ¡Civilización!... ¡Cultura!... ¿quién disfrazó de realidades estas miserables abstracciones, desconocidas para un turbión de hombres que se debate fuera de ellas, porque ignora su existencia o la ha olvidado, como una farsa inútil, en el desierto sin remisión y en la selva sin salida?

El libro de Rivera no es fruto de imaginación sustentada en visiones y experiencias realistas, según el tipo más generalizado de la novela contemporánea. Es, más bien, el relato de una tragedia cotidiana, escrito sin regateos a lo horrendo, sin concesiones a la sensibilidad domesticada. Sólo el sentimiento de esa armonía superior que rige a la creación de los poemas, recorta lo superfluo, lo tartamudeante, lo extraño a la belleza de la obra. La terrible verdad esplende así más clara, más evidente, a través de los episodios de una aventura que más parece confesión arrancada a los antros vitales por la violencia de una sinceridad salvaje.

La Vorágine está escrita en un estilo a las veces fastuoso y atropellado como el temblor de los ríos amazónicos. Algunas páginas son poemas. Otras son elegías. Otras son apóstrofes. Pero con frecuencia, el lenguaje es de una concisión y de un vigor descriptivo como no se hallan sino en los máximos novelistas modernos.

Una obra definitiva en las letras hispanoamericanas *La Vorágine*

Cobán, A. V. Guatemala, 18 de julio, 1926.

Sr. don Joaquín García Monge

San José de C. R.

Distinguido señor García Monge:

Hace cosa de un mes tuve el gusto de enviar a usted mi respuesta⁽¹⁾ al Cuestionario del REPERTORIO AMERICANO acerca de la cuestión editorial en Hispano-América; pero aún no he tenido noticia de si usted recibió mi envío, pues de entonces acá no me han llegado más que dos ejemplares de su admirable revista.

Ahora me permito incluirle un artículo acerca de la novela del colombiano José Eustasio Rivera, *La Vorágine*, por si usted quisiera utilizarlo para su revista, en donde nada he leído sobre esa obra, para mí admirable, y, según entiendo, muy poco comentada en América a pesar de su importancia indiscutible. Estamos mejor enterados de las "novedades" literarias de Europa que de las nuestras propias; y esto es anómalo e injusto.

Ruégole aceptar mi saludo y el testimonio de mi singular aprecio.

Affo.,

C. WYLD OSPINA

La Selva del libro de Rivera no es la fabulosa *Jungla* de Kipling; pero es más vívida y tan fuerte como ella. Leer al inglés es amar la floresta renovadora, maternal y magnífica, entidad casi divina que hace de los cachorros de las fieras y de los cachorros de los hombres seres integrales, aptos para el goce áspero, pero amable de la vida. Leer al colombiano es execrar a la Selva y huir de su espesura diabólica, que secuestra para siempre al hombre, lo esclaviza por mano de su semejante, lo afiera con sus miasmas, lo embruja con sus soledades, le enloquece con su misterio inviolable, que no tiene otra manifestación que el pavor, y finalmente lo aniquila con sus plagas minúsculas, ante cuya voracidad arrasadora el apetito de los tigres hace sonreír el cauchero del Amazonas.

No era posible escribir *La Vorágine* en castellano académico, ni a la manera usual de los escritores puristas. El ambiente vital inimitable de la obra se lo da, en buena parte, el gran acopio de provincialismos que no deben tener traducción en lenguaje alguno, ni menos han de ser sustituidos por términos muertos, producto de fríos análisis filológicos. Y Rivera no se cuida de tales cánones, ridículos cuando se trata de trasladar al papel la vida en los términos de la vida misma. Ni tan siquiera nos da las acepciones de su léxico provincial, criollo de aquellas comarcas semi-desconocidas. Porque a su pobre patria—dice el novelista—no la conocen sus propios hijos, ni siquiera sus geógrafos. Apenas están subrayados, según el autor, «los provincialismos de más carácter». La pureza gramatical nunca ha servido para hacer obras maestras.

(1) Publicada en el número 2 del tomo en curso.

Pero ahí están, sin mentira, pedazos del alma colombiana. El yanero con su ruana, su potrajón y su sogá—ginete prodigioso, macho corajudo y hombre de empresa, buen amigo, hospitalario y leal cuando no ha conocido la Selva todavía. Y la hembra del yanero, que para él lo es todo, su amante y su socia, más intrépida si cabe que su hombre: dicharachera, ingeniosa y paciente para sortear los peligros, salvar las estrecheces, sobrellevar las fatigas brutales y arrancar a la pampa ilímite con astucia y olvido de sí misma, los ochavos de un modestísimo pasar, allá en el fondo de una fundación pecuaria, perdida en los llanos, entre las toradas furiosas, la erupción hórdica de los indios cohibos, que raptan a las mujeres y degüellan a los varones, y el asalto, aún más temible, de las cuadrillas de bandoleros, disfrazados de agentes reclutadores de peones con

destino a las caucherías remotas.

Se comprende que con esta raza sobria y maciza, con estos llaneros enjutos y bravíos, organizados para el heroísmo, familiarizados con el prodigio de la voluntad, pudiese el homérica Páez realizar lo que consumó, y el genio de Bolívar dispersar al mejor ejército del mundo en aquel entonces, como se dispersa un rebaño de toros al galopar de los potros gineteados por demonios blancos y mulatos.

La sal de la pampa colombiana se saborea en escenas de un graficismo magistral. La fuerza de la raza llanera tiene en Rivera un pintor más que un intérprete. Léase este pasaje admirable:

«...Entre tanto que aseguraban las puertas de los reductos liándoles gruesos travesaños, acudieron las mujeres a contemplar por entre los claros del *palo del pique*, la yeguada pujante, que se revolvía en círculo, ganosa de atropellar el encierro. Alicia, que traía en la mano la tela de labor, chillaba de entusiasmo al ver la confusión de ancas lucientes, crines huracanadas, cascacos sonoros. ¡Aquél para mí! Este es el más lindo! Miren el otro cómo pateal! Y de los ijares convulsos, del polvo pisoteado y de los relinchos rebeldes, ascendía un hálito de alegría, de fuerza y brutalidad. Correa estaba feliz.

—Cogimos el resabiao! Es aquel padrote negro, crinúo, patiblanco! Se le yegó su día, y más vale que no hubiera nació! No he visto zambo que no le tenga mieo, pero ya dirán ustées si tumba al hijo e mi mamá!

—Mulato condenaio, ¿qué vas a hacer?

gruñó la vieja. ¿Pensás que ese cabayo te ha parió?

Estimulado por nuestra presencia, le dijo a Alicia:

—Le voy a dedicar la faena. Apenas almuercen me monto!—Y como percibiera el olor de la esencia derramada en el patio, dilató las ventanillas de la nariz repitiendo:... Ah!... Güele a mujé, güele a mujé!

No quiso almorzar. Echóse a la boca un puñado de plátano frito, deshinchó un trozo de carne y remojó la lengua con café cerrero. Mientras tanto, entre el refunfuño de Sebastiana, montura al hombro, salió a esperarnos en el corral...

—¡Hombres!—plañía Sebastiana.—No vayan a dejá que esa bestia me mate al *motoso*.

Sacamos las sogas de cuero peludo, y unas maneas cortas, llamadas *sueeltas*, de medio metro de longitud, en cuyos extremos se abotonaban gruesos anillos de fique trenzado. Como el potro esquivaba los lazos, agachándose entre el tumulto, ordenó Franco dividir la yeguada, para lo cual se abrió el tranquero de la corraleja contigua. Cuando el caballo quedó solo, atrevió las manos contra la cerca, a tiempo que el mulato lo *arropó* con la soga. Grandes saltos dió el animal, agachando la maculada cerviz en torno de la horqueta del batallón donde humeaba la cuerda vibrante; y al extremo de ella se colgó colérico, ahorcándose en hipo angustioso, hasta caer en tierra, desfallecido, pataleador. Franco sentósele en el ijar, y cogiéndolo por las orejas, le dobló sobre el dorso el gallardo cuello, mientras el mulato lo enjaquimaba después de ajustarle las *sueeltas* y de amarrarle un rejo en la cola. De esta manera lo sometían, y en vez de cabestrearlo por la cabeza, lo tiraban del rabo, hasta que el infeliz, debatiéndose contra el suelo, quedó fuera de los corrales. Allí lo vendamos con la testera y la montura le oprimió por primera vez los lomos indómitos. En medio del vocerante trajín soltaron las yeguas, que se adueñaron de la llanura; y el semental, puesto de frente a la planicie, temblaba receloso, enfurecido. Al tiempo de zafarle las maneas, gritó el ginete:

—Mamá, a ve el escapulario!

Franco y don Rafael requirieron las cabalgaduras, mas el domador impidió que le sujetaran el potro:

—Quédense atrás, y si quiere voltearse, échenle rejo pa evitá que me coja debajo.

Luego, entre los gritos de Sebastiana, se guindó la reliquia del cuello, santi-glóse, y con gesto rápido, destapó al animal. Ni la mula cimarrona que manotea espantada si el tigre se le monta en la nuca; ni el toro salvaje que brama recorriendo el circo apenas le clavan las banderillas; ni el manatí que siente el harpón, gastan violencia igual a la de aquel potro cuando recibió el primer

latigazo. Sacudióse con berrido iracundo, coceando la tierra y el aire en desahogada carrera, ante nuestros ojos desfavoridos, en tanto que los amadrinadores lo perseguían, sacudiendo las ruanas. Describió grandes pistas a brincos tremendos, y tal como se viera corcovar un centauro, subía en el aire, pegada a la silla, la figura del hombre, como torbellino del pajonal, hasta que sólo se miró a lo lejos la nota blanca de la camisa...»

No obstante, *La Vorágine* no es la novela de la pampa colombiana. Esta aparece en el libro como un episodio que, a pesar de sus violencias y de sus brutalidades gallardas, no dice nada todavía del horror sobrehumano de la selva del Amazonas y el Orinoco, de aquel espantoso Putumayo denunciado por periodistas y viajeros no ha muchos años a la indiferencia del mundo civilizado, ni del Vichada, donde se enreda aquella madeja de ríos con nombres peregrinos, como el Guainía, el Cababurí, el Casinare, el Maturacá, el Vaupés y el Caquetá, todos horrosinos, torrentosos, impracticables, algunos de los cuales tienen cuatro kilómetros de anchura y por cuyas mortíferas aguas se hacen viajes de sesenta y tantos días en *cúriara*...

El libro de Rivera bien puede llamarse la novela del cauchero. Oíd, de boca del poeta, algunas estancias del canto del cauchero. «Yo he sido cauchero, yo soy cauchero! Viví entre fangosos rebalses, en la soledad de las montañas, con mi cuadrilla de hombres palúdicos, picando la corteza de unos árboles que tienen sangre blanca, como los dioses. A mil leguas del hogar donde nací, maldije los recuerdos, porque todos son tristes: el de los padres, que envejecen en la pobreza esperando apoyo del hijo ausente; el de las hermanas, de belleza núbil, que sonrien a las decepciones, sin que la fortuna mude el ceño, sin que el hermano les lleve el oro codiciado. A menudo, al clavar la hachuela en el tronco vivo, sentí deseo de descargarla sobre mi propia mano, que tocó las monedas sin atraparlas; mano desventurada que no produce, que no roba, que no redime y ha vacilado en libertarme de la vida. Y pensar que tantas gentes en esta selva están soportando igual dolor!... Tengo trescientos troncos en mis estradas y en martirizarlos gasto nueve días. Les he limpiado los bejuqueros y hacia cada uno desbrocé un camino. Al recorrer la taimada tropa de vegetales para derribar a los que no lloran, suelo sorprender a los castradores robándose la goma ajena. Reñimos a mordiscos y a machetazos, y la leche disputada se salpica de gotas enrojadas. ¿Mas qué importa que nuestras venas aumenten la savia del vegetal? El capataz exige diez litros diarios y el foete es usurero que no perdona. ¿Y qué mucho que mi vecino, el que trabaja en la vega próxima, muera de fiebre? Yo lo veo tendido en las hojarascas, sacudiéndose los moscones, que no le dejan agonizar. Mañana tendré que irme de estos lugares, derrotado por la hediondez; pero

le robaré la goma que haya extraído y mi trabajo será menor. Otro tanto harán conmigo cuando muera. Yo, que no he robado para mis padres, robaré cuanto pueda para mis verdugos. Mientras le ciño al tronco goteante el tallo acanalado del *caraná*, para que corra hacia la tazuela llanto trágico, la nube de mosquitos que lo defiende, chupa mi sangre y el vaho de los bosques nubla mis ojos. Así, el árbol y yo, con tormento vario, somos lacrimatorios ante la muerte y nos combatiremos hasta sucumbir!»

Entramos en los ámbitos de un mundo desconocido, en que el espanto reina como la placidez en el ambiente tranquilo de nuestras ciudades. Es la selva inhumana, que no conoce moral alguna, pero ni la moral de la fuerza. A todos se los traga, a todos los anula, al fuerte y al débil, al negro y al esclavo. Al hombre le devora una sed: la de la «sangre blanca» que hace chorrear de los árboles. Y a la Selva parece también consumirla otra sed inapagable: la de la savia roja. Y el hombre, insano ya, derrama una y otra con profusión incontenible, en ademán fratricida y en alarido trágico.

Los trillones de hormigas aladas, las *tambochas*, consumen en un instante bosques enteros y dan cuenta con las cuadrillas de peones que topan en la selva, envolviéndolos entre su océano de alas y tenazas. Los *caribes*—unos peces de voracidad fabulosa que pupulan a millones en los ríos amazónicos—cogen a los náufragos, y en un instante también, dejan los esqueletos mondos, los cuales se van al fondo de las aguas, desplomados por el peso del cerebro única, sustancia celular que les resta. Y los zancudos, y los mosquitos, y las moscas venenosas, y las sanguijuelas que, al no más penetrar un hombre en la charca o la laguna, le lacran las carnes con llagas incurables, que en seguida ocupan los gusanos. El tigre y la serpiente rematan al que dejaron vivo las plagas. Para los sobrevivientes aún queda la mordida más mortífera de los flajelos tropicales: el beri-beri, el paludismo, la fiebre negra...

Pero más terribles, más ciegos y locos que esta selva, superior a la floresta oscura del poeta florentino, son los hombres. He aquí a los piratas del caucho: son gentes que, «atropelladas por la desdicha, desde el anonimato de las ciudades, se lanzaron a los desiertos buscándole un fin cualquiera a su vida estéril. Delirantes de paludismo, se despojaron de la conciencia, y connaturalizados con cada riesgo, sin otras armas que el winchester y el machete, sufrieron las más atroces necesidades, anhelando goces y abundancia, al rigor de las intemperies, siempre famélicos y hasta desnudos porque las ropas se les podían sobre las carnes... Por fin, un día, en la peña de cualquier río, alzan una choza y se llaman *amos de empresa*. Teniendo a la selva por enemigo, no saben a quien combatir, y se arremeten unos a otros y se matan y se sojuzgan en los intervalos de su denuedo contra el bosque. Y es de verse en algunos lugares cómo sus

huellas son semejantes a los aludes: los caucheros que hay en Colombia destruyen anualmente millones de árboles. En los territorios de Venezuela el *balatá* desapareció. De esta suerte, ejercen el fraude contra las generaciones del porvenir... Uno de aquellos hombres se escapó de un presidio célebre. Aunque sabía que los carceleros ceban los tiburones para que rondan la muralla, sin zafarse los grillos se arrojó al mar. Vino a las vegas del Papunagua, asaltó los tombo ajenos, sometió a los caucheros prófugos, y monopolizando la explotación de goma, vivió con sus parciales y sus esclavos en las barracas del Guaracú.»

Y estos verdugos son, sin embargo, admirables como héroes, y a veces, tan desdichados como sus víctimas. La Selva no perdona a nadie ni devuelve nada. Los que por un azar milagroso, logran huir a la ciudades, no tardan en volver. Les trae la nostalgia de su infernal encantamiento. Y si este embrujo del alma no es suficiente, les regresa a la selva la necesidad, porque el cauchero, una vez sojuzgado por el horror, concluye amándolo. En la ciudad, son sobras humanas, nocivos e incapaces de readaptarse a las comunes fatigas y a las vulgares ambiciones. Olvidaron la cobardía alegría de los hombres que viven en colectividad. Sienten, como una basca, el desprecio por la fiereza domesticada de la civilización; y vegetan, sonámbulos, en tabernas y garitos, bajo en cielo sin tormentas y frente al manso mar de los puertos tragafosos, que muge entre cadenas, cargando sobre el lomo dócil a los transocénicos panzudos... Y el cauchero, impelido por una maldición ultrabíblica, retorna a la Selva de su tormento y de su locura. Criminal con criminal; fiera con fiera; dolor con dolor: he aquí el maridaje siniestro de la Selva y su habitante.

Los trabajadores viven remachados por sus deudas, como entre nosotros los indios en las fincas y los *enganchados* en nuestro pequeño Putumayo, el Petén. El foete, el látigo y el rebenque mantienen la autoridad de los negreros. Como sanciones punitivas, el cepo, la flagelación, la horca. Cuando escasea la mercancía humana, hácese carcerías de indios en grande escala. Tribus enteras han desaparecido así. Otras, reducidas a una minoría pavorida, ambulan por los bosques, huyendo al oír el solo nombre de los blancos, como las manadas de ciervos al bronco aullido del tigre. Las hembras, indias y mestizas, son arrastradas en partidas a los barracones. Allí, tras de recibir el puñado de mañoco con que engañar al estómago, en cambio de todo un día de fatiga, se echan sobre ellas los trabajadores, por turno, a la voz de mando de los capataces, en promiscuidad aún desconocida para las fieras.

Pero tal es la condición humana que los siervos son los primeros cómplices de los amos y la víctima el defensor más eficaz de su verdugo. Los funcionarios públicos, cuando no son dueños de empresas gome- ras, participan en el negocio y en el cri-

men de los explotadores. Los cónsules nada pueden porque en nada se atreven contra la ignominia omnipotente. Los visitadores oficiales sólo consiguen agravar la situación de la peonada con sus falsos informes, producto del soborno, del miedo o la superchería con que les burlan los amos de la selva. A veces éstos mismos, por su preeminencia financiera o social, desempeñan la representación consular de los países del Orinoco y el Amazonas.

El asesinato metódico y las matanzas en masa, organizados por los jefes de guarniciones y amos de caucherías, como el célebre coronel Funes, un indio satánico, parecen hasta una piedad inconsciente del destino que quisiera valerse de este medio para despoblar las comarcas malditas. Aquel bandido galoneado preparó en el poblacho de San Fernando, en Colombia, una sublevación. Se trataba de asesinar al gobernador Roberto Pulido, tratante en goma, y hacerse él, el indio Funes, jefe político y militar de la región. Lo consiguió plenamente. Pero el asesinato no fué solamente el gobernador sino la mitad del vecindario. «Unos murieron—dice el autor—porque la codicia de sus rivales estaba clamando por el despojo; otros fueron sacrificados por ser peones en la cuadrilla de algún patrón a quien convenía mermarle la gente, para poner coto a la competencia; contra éstos fué ejecutado el fatal designio, pues debían fuertes avances, y dándoles muerte, se aseguraba la ruina de sus empresarios, aquéllos cayeron, extrangulando el grito agónico, porque eran del tren gubernamental, empleados, amigos o familiares del aborrecido gobernador. Los demás, por celos, inquinas, enemistades». Pero hay que ver cómo murieron. El episodio está descrito con el bárbaro laconismo que conviene a tragedia semejante. «Cesaron los tiros. En su sala, en su tienda, trajinaba Funes, recibiendo a las gentes incautas, separando con sonrisitas a los que pronto serían asesinados en el solar. *Usted a la lancha, usted conmigo.* En breves minutos colmóse el patio de rostros pavóricos. En la puerta del muro que da sobre el río se situó González con el machete. *¡A bordo, muchachos!* Y el que iba saliendo, rodaba decapitado, entre los hoyos que dieron tierra para levantar la edificación... Ni un grito ni una queja! La noche, el motor, la tempestad»...

Las venganzas entre caucheros son horripilantes y decisivas. Un simple altercado puede provocarlas. Aún menos: la posesión de un negro bolón de goma, un objeto cualquiera, una sospecha, una hembra, menos apreciada que unas libras de caucho. Una tarde, a los barracones de Guaracú, propiedad de un gabacho más feroz que el lobo, apodado el Cayeno, llega una cadena de gente cautiva, cazada en los bosques. Van amarrados de manos, contra la espalda. Un cauchero corpulentísimo reconoce entre los míseros a un antiguo enemigo suyo. Se le acerca, yergue el machete filudo, iza al hombre por la cuerda que le sujeta ambas muñecas, y se las cercena de un solo tajo. La víctima se bate en el polvo, agitando

los muñones, por donde brotan con impetu los surtidores rojos. Los caucheros ríen, admirando la destreza del forzado...

La crueldad no es aquí patrimonio exclusivo de la calumniada raza indolatina. Europeos, yanquis, hombres de tez blanca y ojos azules, rivalizan en atrocidad con los negros, los indios y los zambos de ojos sanguinolentos. En el Putumayo todos son iguales: los que llegaron siendo honrados y los que escaparon de presidio...

Esta hecatombe de horrores, este infierno inédito, preguntará el lector, ¿produce al menos la riqueza y la prosperidad de los países amazónicos? No. Ni para los negros más poderosos es fecundo este dolor único de selvas y hombres. Las fortunas que se levantan, en parangón con lo que cuestan y destruyen, son tristes y risibles.

La mayor tragicidad de la obra del colombiano Rivera sobre el Infierno lírico del Dante, con el cual se la ha comparado por algunos críticos, consiste para mí en que el infierno dantesco es simbólico e imaginario, mientras *La Vorágine* representa una realidad inmediata, tanto más espantosa cuanto que es menospreciada por el mundo.

El carácter verídico del relato lo demuestran varios testimonios. La índole, el estilo del libro, inconfundible con las creaciones meramente novelescas; los sucesos de carácter histórico que relata; los nombres propios; las fotografías del cauchero Clemente Silva y de *Arturo Cova* (que bien puede ser el autor mismo) en las barracas de Guaracú y que aparecen en las primeras páginas del tomo... Rivera declara, además, en carta dirigida «al señor Ministro», que, «de acuerdo con los deseos de S. S. he arreglado para la publicidad los manuscritos de Arturo Cova, remitidos a ese ministerio por el cónsul de Colombia en Manaos».

¿Existió Arturo Cova en el mundo o solamente en la novela magistral? Parece que se trata de un personaje semi-novelesco, formado en la mente del autor con trozos de su propia vida y relatos de algún cauchero amigo.

De todos modos, la obra de José Eustacio Rivera constituye una formidable denuncia dirigida, no sólo a los pueblos americanos, sino directamente al gobierno colombiano. Que éste la atendiera, lo tengo por cosa indudable. Y aún el escándalo público ha de haber alcanzado a Venezuela y Brasil, donde el horror de las caucherías sobrepasa con mucho al de las regiones colombianas.

Pero aquellos horrores pasarán. Desbrozada un día la Selva, la crueldad huirá como una fiera perseguida. El Putumayo entrará en los dominios de la fábula. Y la inmensa energía de esos colombianos que parecen quiméricos, de todos esos hombres en que se confunden y unifican sangres diversas para dar el tipo de un nuevo héroe, se empleará en levantar la grandeza de una próxima civilización. La crueldad, por magia de la naturaleza, se transmutará en trabajo solidario y en cultura fraterna. Ni aún el mal se pierde, porque concurre a realizar el bien fundamental de la vida...

CARLOS WYLD OSPINA

Cobán, Guatemala, 1926,

HE aquí los restos de Joaquín V. González, el hijo pródigo de La Rioja, que regresa al hogar provinciano después de haber dejado en todos los caminos de nuestra patria los dones de su alma y de su carne; pero que vuelve, como aquí lo véis, seguido por el cortejo de la gratitud nacional, que ha incorporado ya su imagen al panteón de los argentinos más ilustres.

No sé si procedemos bien los hombres cuando así reabrimos para estos viajes la puerta de la tumba que fué una vez cerrada, y cuando así turbamos con nuestra vana oración el sueño de un muerto, aunque ante el convoy que ha de llevar el cuerpo inanimado del varón ilustre podemos hoy justificarnos diciendo que a este viaje González lo quiso y que a esta oración nosotros la necesitamos.

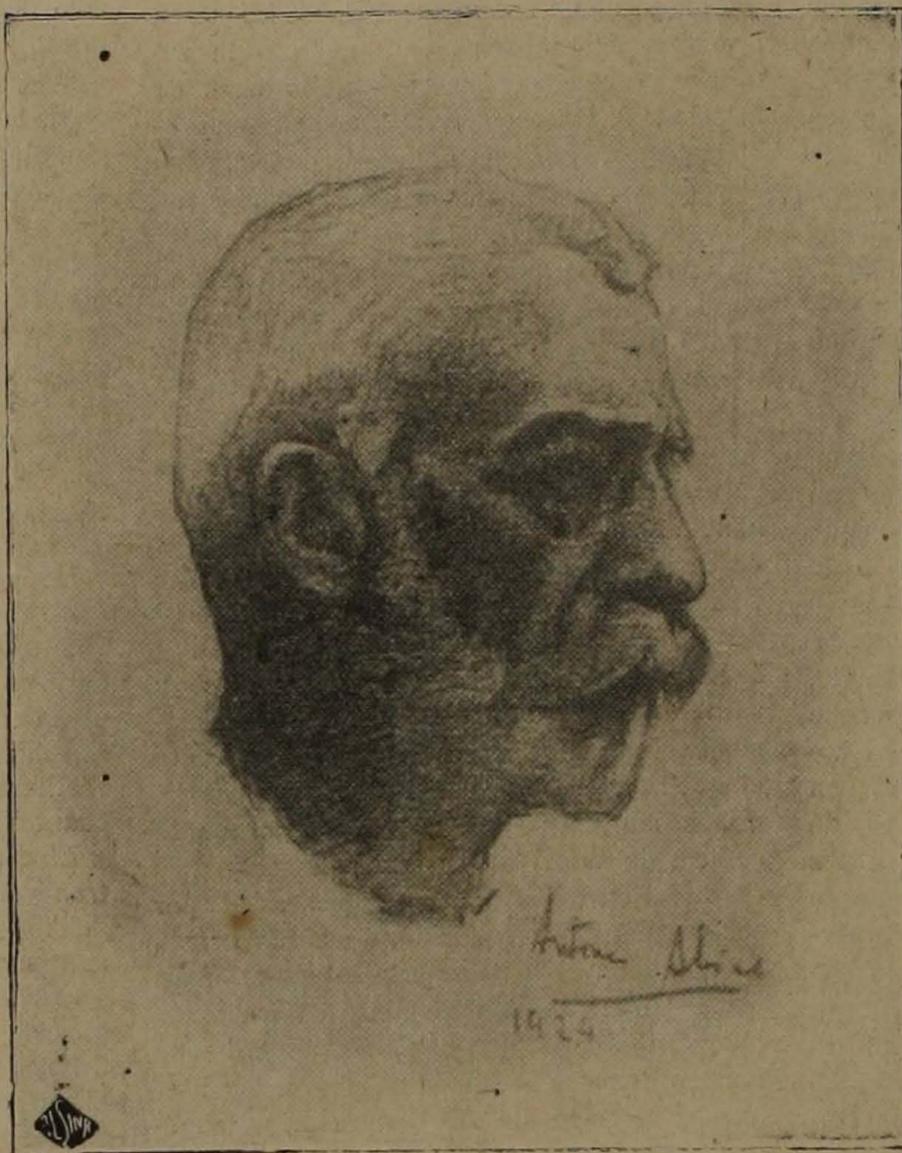
González quiso este viaje, y si junto a su lecho de enfermo, ya en sus últimos días, con el pensamiento de su muerte, yo mismo no le hubiera oído cuánto anhelaba ir a Chilecito para reposar en el seno de sus montañas familiares, bastaría recordarle aquel soneto filial en que el solitario de Samayhuasi, después de haber recogido en sendas urnas las cenizas mortuorias de sus padres, refiere cómo dejó, para sus propias cenizas, en el cementerio de la aldea natal, una tercera urna vacía:

En la cripta de piedra de líneas taciturnas,
con amor de santuario, yo conservo tres urnas,
dos con caros despojos, la tercera vacía:
"Padre", "Madre"... ¿Y la otra?... La letra está borrada,
la ecuación está trunca, mas la cifra está hallada:
esperadme, ya parto, voy a grabar la mía.

Tan nobles versos dignos del poeta místico y del filósofo estoico que había en aquel hombre complejo y singular, son como el testamento lírico que ordena este viaje póstumo, y ellas serían las únicas palabras que debiéramos rezar junto al exhumado féretro del amigo, si no hubiese también un protocolo de la gloria que nos manda poner en prosa oficial el homenaje de nuestras más respetables instituciones, que han reconocido ya en González al inmediato sucesor de Sarmiento en la empresa cívica de promover nuestra cultura.

Por eso estoy hablando aquí, no para expansión de notorios afectos personales, sino para traer el homenaje de la Universidad de Buenos Aires, que viene a unir su voz al coro de las cinco Universidades argentinas, pues este hijo fiel de las seculares aulas cordobesas, este amoroso padre de las modernas aulas platenses y este sabio tutor de las novísimas fundaciones universitarias del Litoral y de Tucumán, fué tam-

Discurso del Dr. Ricardo Rojas, Rector de la Universidad de Buenos Aires



Dr. Joaquín V. González,

argentino insigne, cuyos restos se trasladaron, el sábado 14 de agosto pasado, de Buenos Aires, a Chilecito, en La Rioja.

bién profesor y consejero de la Universidad metropolitana, que me honro en presidir, y que hoy envía a La Rioja una delegación de sus maestros para dejar, en la definitiva tumba de González, una placa de bronce como duradero símbolo de nuestro recuerdo.

A la par de nuestras cinco Universidades, el Poder Ejecutivo de la Nación, las autoridades provinciales, el Parlamento, la prensa, los centros científicos y literarios han consagrado ya en González al maestro que honró las cátedras; al estadista que ilustró el Gobierno; al escritor que enriqueció las letras, compensando con este rotundo juicio póstumo las mezquinas dilaciones de la contemporánea contienda.

Hablando de González en nuestra Junta de Historia, a la que él también perteneció, dije hace dos años que él era de esos hombres auténticos de quienes se ha de preguntar, no los puestos que ocuparon, sino las cosas que hicieron; y afirmé que los treinta volúmenes de su obra escrita darían la repuesta en el sereno trazo de su biografía y en la amplia visión intelectual, digna de quien supo ascender del valle a la cumbre y contemplar lejanos horizontes desde lo alto de su montaña.

No es ocasión oportuna la presente para esbozar una minuciosa biografía o siquiera para documentar un panegírico; pero, aunque

hablo a un auditorio de convencidos, no puedo omitir algunos de los actos que hacen de González una eminente figura civil de nuestra democracia. Hombre de Estado, vinculóse a fastos inolvidables de la Nación: en el Ministerio de Relaciones Exteriores, los pactos de paz con Chile; en el Ministerio de Instrucción Pública, la fundación de la Universidad platense; en el Ministerio del Interior, el proyecto de Código del Trabajo y la reforma electoral iniciada en la segunda Presidencia del general Roca. Hombre de letras, ha dejado en sus libros páginas de belleza que pintan paisajes, tipos y leyendas de su tierra natal; páginas de doctrina que alumbran la senda del país con las luces de la cultura democrática y de la justicia social; páginas de emoción que exaltan el sentimiento colectivo hacia los puros ideales humanos de la religión, de la ciencia y del arte. Por todo ello, la estatua de González ha de levantarse un día, como una resurrección ejemplar, en algunos de los lugares que ilustró con su presencia durante su doloroso paso por el mundo.

Tal vez ante la visión mística alcanzada por González en sus postreros años de madurez espiritual nada signifique este cortejo de vanidades, que hoy acompaña el cuerpo silencioso

de quien supo vivir en soledad fecunda; mas si la muerte es un estado de pensamiento y él, que ya no es de carne, puede ver en nuestras conciencias, afirmo que este homenaje ha de serle grato al maestro que tanto predicara la necesidad del amor y el culto de la gloria.

Hay en las ceremonias funerarias una ilusión consoladora para el amor que sobrevive a la muerte, como si buscáramos dar con ellas una dichosa paz a los manes amados o nutrir en ellas esa segunda vida de los héroes que llamamos la inmortalidad; y movidos de esa ilusión no hemos querido dejar que González saliera por última vez de Buenos Aires, en viaje de regreso a su Provincia, sin que lo acompañaran los tributos de admiración con que esta gran ciudad de todos los argentinos ha premiado siempre a los argentinos que supieron honrarla.

El peregrino que hace cuarenta años llegó a la ciudad cosmopolita trayendo desde sus montañas una ofrenda estética inspirada en el paisaje de América y un mensaje civil inspirado en la historia de nuestra democracia victoriosa vuelve hoy a sus amado rincón nativo, en donde los Andes le disponen lecho de oro para el último sueño,

(Pasa a la página 186)

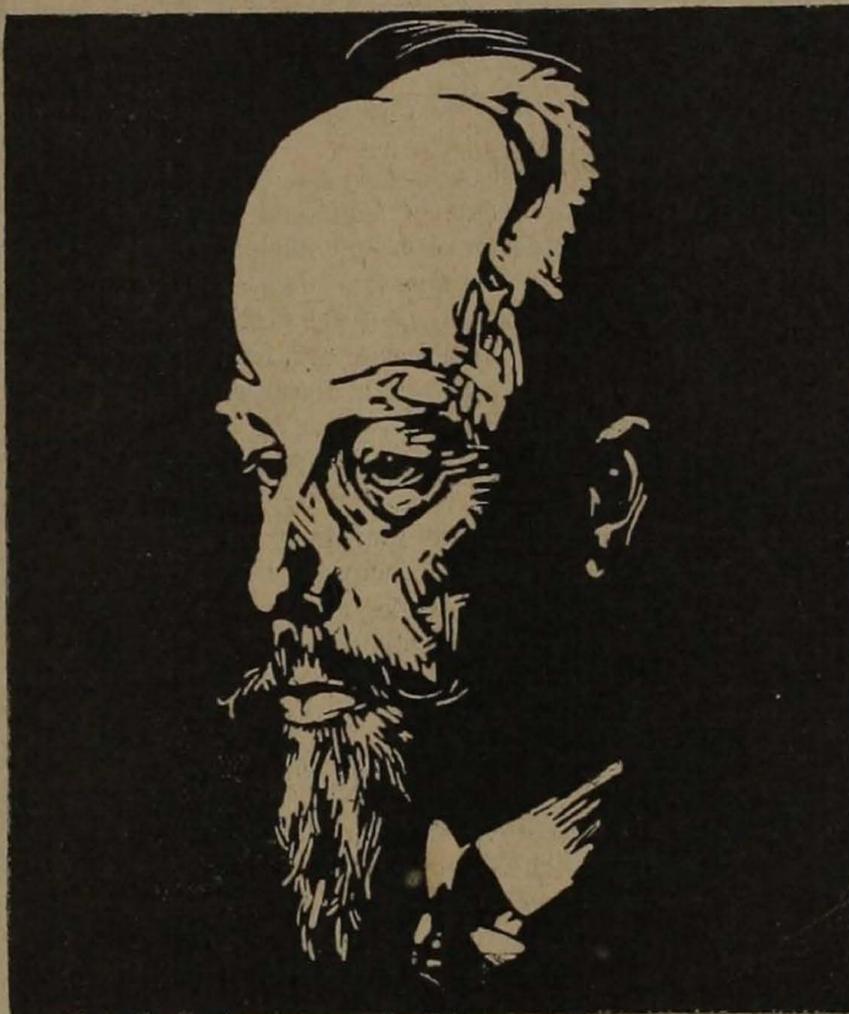
LA lección de la India puede reducirse a esta fórmula: sólo una cosa es necesaria, la perfección. Sin duda en Occidente no ignoramos la eficacia de tal regla, pero no nos inquieta en todo momento esa verdad, como en Oriente. Sea que converse con los yoguis cubiertos de ceniza o con los sabios thishis, o que peregrine con los monjes, o que observe la santa placidez de los bracmanes, el sabio de Darmstadt topa con una concepción del mundo, de la actividad, de la contemplación, de la dicha que hemos perdido en Europa y en América. Para el hindú, la acción en sí misma carece de virtud trascendental. Sólo el ser importa. ¡Con qué tristeza nos sigue en las agitaciones de nuestra vida vertiginosa! Sabe que el yogui inactivo, en perpetua meditación, sirve con más eficacia a la humanidad que el individuo frenético. ¿Para qué agitarse sin término y conquistar inútiles riquezas? En una esfera superior existen misteriosas y útiles energías de que no puede disponer el hombre atormentado y vulgar. El yogui, el monje, el santo, los que se consumen en el éxtasis, se sienten superiores, como el Bienaventurado

del Bagavad Gita, a las inclinaciones generales, al egoísmo y al altruismo, a la necesidad del trabajo, al tormento de la ambición y del deseo, al estímulo de la acción.

Recordemos la lección de ese canto del Bienaventurado, el más bello probablemente que escucharan los hombres, escribía Emile Burnouf, precursor en el dominio maravilloso de los estudios indostánicos. Hace ochenta años juzgaba Burnouf a nuestras sociedades modernas, «cristianas tan sólo de nombre, fundadas en el egoísmo más estrecho, en el interés». Aspiramos a adquirir, a conservar, según él, Nada sabemos del sacrificio. ¡Cuántos, después de Burnouf, han pronunciado análoga sentencia!

«Por la ausencia de principio moral, notó el traductor del Bagavad Gita, van directamente nuestras sociedades a su pérdida. Ni las ciencias ni la industria, ni el comercio, las salvarán; tampoco salvaron a las antiguas sociedades. Perecieron éstas cuando triunfó el principio cristiano, que ha sido expulsado a su vez de nuestras leyes y de nuestras costumbres». ¿Qué enseñaba el Bienaventurado? El camino que conduce a la serenidad. Cuando el solitario se muestra inquebrantable en la desgracia, cuando ha vencido al deseo, cuando ni la cólera ni el dolor le aprieta ni le turba el gozo en el éxito, ha conquistado la sabiduría. El hombre que vive sin deseos, sin codicia, sin orgullo, leemos en uno de los yogas, avanza hacia la paz y puede expirar en Dios. Cuando Arjuna interroga al santo sobre el origen del pecado y la fuerza oscura que nos vence, éste responde que el mal reside

Keyserling en Asia



en la pasión, enemiga del sabio: «como el humo cubre la llama, y la humedad al espejo, así este furor cubre al mundo».

Mientras florecía el bracmanismo—y esto revela la unidad profunda de la sabiduría hindú—el yogui era como el monje budista, aquel que se ha desnudado de sí mismo, ha dominado sus instintos y sus pensamientos y se ha transmutado, después de esta batalla interior, en «hombre victorioso y pacificado». Entonces el yogui dichoso se convierte en Dios. A los héroes de la acción, a los rudos guerreros, el Bienaventurado prefería aquel que ni agita al mundo ni es agitado por él, el que sabe despojarse de vínculos terrestres y, silencioso y satisfecho, sin raíz ni domicilio en la tierra y en estado de suprema indiferencia, de perfecta pureza, se manifiesta igual para amigos y enemigos, en el honor y en el oprobio, en el elogio y la condenación, en el placer y el dolor.

Keyserling admiró en la India esta tradición, el constante desdén de las apariencias, y lo denominó «espíritu de profundidad». Llegan al Absoluto, a la contemplación de la perfecta Unidad, no en virtud de operosas abstracciones, sino por intuiciones certeras. El hombre debe elevarse sobre el instrumento secular del conocimiento, escribe el filósofo, es decir, sobre la razón. En Occidente prosperan ya las ciencias ocultas y la teosofía, de manera que renunciando al empleo exclusivo del entendimiento, del análisis, de la lógica, se aspira a «una forma nueva y más alta de concien-

cia», a iluminaciones, a verdades de inesperada riqueza.

Todos viven para la profundidad y la perfección. La filosofía y la sabiduría constituyen el norte de la ambición general, y así la Nación supersticiosa, apática, en contemplación permanente, se enflaquece. La India pierde el dominio de la tierra meditando. «Qui veut faire l'ange fait la bête», enseñaba Pascal. El misticismo difuso la envilece, la entrega sin defensa a la voluntad de dominadores extranjeros.

Keyserling no se ha despojado totalmente de su naturaleza de occidental, y aunque admira la actitud del hindú, dirigida hacia la vida profunda, conserva sus principios fundamentales. Se juntan muchas moradas en la casa de Júpiter. En ninguna condición, en ninguna zona geográfica o moral se realiza el ideal de manera completa. Admiramos el yogui imposible, el sabio que pronuncia sin fatiga la sílaba mágica *om*, pero sin renunciar a nuestra concepción particular del mundo. Los tipos que la humanidad honró siempre, el santo, el sabio, el héroe, son como «notas fundamentales en la sinfonía del Universo». Otros individuos, otras notas, deben estar en relación de

consonancia con las primeras. No mutilemos a las sociedades suprimiendo de su seno elementos necesarios y secundarios. Sería como pretender que la Sinfonía Pastoral puede ser ejecutada sólo por contrabajos. Si los santos nos redimen, si se ofrecen a nuestra esperanza como sal de la tierra, si superan a los hombres de egoísmo prudente y de estrecha acción, no desdeñemos la intervención de éstos en la economía de las Naciones. Keyserling enseña refiriéndose a Europa, derivando enseñanzas del Asia: «una concepción puritana del mundo que sólo reconoce valor a lo moral y espiritual ha trabajado en detrimento de la perfección humana». En nombre de lo que considera valores absolutos se ha obstinado en condenar manifestaciones de la vida que han alcanzado en un orden particular la perfección. Que un individuo haya nacido, explica el filósofo germano, para ser nota fundamental o nota superior, es negocio de Dios. Lo esencial estriba en dar un sonido puro. Magnífica lección de tolerancia y de respeto, aceptación de las desigualdades ineludibles, creación de una dulce armonía con fuerzas que se contraponen y difieren.

No pretende en su *Diario*, el filósofo viandante, que imitemos a los hindúes ni cree que podamos orientalizarnos sin peligro. De todos los extremos del horizonte moral llegan voces que nos aconsejan la más rigurosa vigilancia. Keyserling predica estudio del pensamiento asiático, pero no sumisión. Sabe que no podemos transmutarnos y que va a desvancerse nuestro ser fundamental si avanzamos hacia la tierra del éxtasis. No se derrama en conclusiones de pesimismo,

como otros observadores de la vida occidental. Del intercambio de influencias entre el Oriente y Europa, del interés creciente de los europeos por las maneras de vivir y de pensar del Continente asiático derivarán, se complace en augurarlos, fecundos cambios en las dos humanidades, lo mismo la que se petrifica en la contemplación que la que fatiga con su frenesí. Porque nos acercamos a un período de la historia humana semejable a las primeras centurias posteriores a la buena nueva cristiana, en el cual hemos de maridar múltiples influencias religiosas, dejar libre campo a todos los vientos del espíritu, si queremos remozarnos. Un dios nos agita: *est deus in nobis*. Como en aquellos siglos remotos de creación inquieta, de sabia síntesis, reaccionaremos contra determinadas influencias y nos someteremos a la sutil acción de otras. ¡Cuántos ocultos gérmenes llegarán a granazón! Nos entristece a veces nuestro desconcierto, llegan años de *sturm*, como decían los alemanes, de dolor constante, de tempestuosa espera; pero al menos vivimos en una época que no se limita a repetir actitudes pretéritas, que no se resigna a terminar o a morir sin esperanza de restauración. ¿Acaso las grandes religiones, el Cristianismo y el Budismo, han agotado, en medio a transformaciones y desviaciones, su eficacia? El Oriente, como lo indican recientes tentativas, reconoce ya la excelencia de ciertas actividades de Europa, pero no renuncia a su autonomía moral. Al acercarse al Asia, el Occidente topará con nuevas preocupaciones, se enriquecerá con el «tesoro de los humildes», de lo parcial y secundario volverá a lo esencial y se multiplicarán, con la conquista del reino interior, los instrumentos de su acción futura. Será más activa el Asia, más dichosa Europa y, en los dominios fundamentales, en lo religioso, en lo económico, en lo moral, en lo social, se levantará la vida nueva sobre bases más sólidas.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

(*La Nación*, Buenos Aires).

Discurso...

(Viene de la página 184)

hasta que la recia carne torne a mezclarse con el polvo de sus piedras y el numen libertado vuelva a confundirse con la luz de las cumbres.

La Rioja, que él cantara, tiene derecho a estas cenizas, y la cifra que, según el verso de su elegía, faltaba grabar en la tercera urna del osario doméstico era su propio nombre, ya grabado en el bronce que nuestra Universidad envía hoy para su tumba, a fin de señalar a las generaciones venideras el sitio en que reposan las cenizas de Joaquín V. González, a quien muchos tuvimos en vida por el más luminoso espíritu de su generación.

(*La Nación*, Buenos Aires)

Dos cartas de J. Vasconcelos

París, Agosto 30 de 1926.

Sr. D. Joaquín García Monge.

San José, Costa Rica.

Mi querido amigo:

Al regresar a ésta he tenido el gusto de volver a recrearme con los números atrasados de su REPERTORIO AMERICANO. En uno de los últimos números, el del diecisiete de Julio, encuentro una carta del Sr. Torres Rioseco, que me obliga a formular la siguiente declaración.

Me acusa el Sr. Torres Rioseco, después de aludirme varias veces, de que no pude separar la política de mi labor personal como Secretario de Educación Pública de México y de que siendo Ministro me fué ofrecida en venta la colección histórica de Genaro García y la rechacé, diciendo que no quería libros viejos. El primer cargo contiene una apreciación inexacta; no me separé del Ministerio porque no pudiera separar la política de mi labor personal. Me separé del Ministerio porque vi que era una realidad lo que por otra parte ha sido siempre mi convicción y es que no se puede construir sobre sangre y sobre la improbidad. Yo pude hacer el papel de eunuco, un papel que no faltó quien me aconsejara, el papel cómodo de decir: Yo hago escuelas y qué me importan los crímenes del gobierno. Yo no sé si esto lo hubiera alabado el mundo, pero si sé que lo repugna mi conciencia. Y mi conciencia me dijo y me sigue diciendo, que ningún pretexto es lícito para transigir con el crimen, ni para disimularlo, ni siquiera el pretexto de una gran labor social. Por otra parte no fué sólo el crimen de un régimen, lo que a mí me arrojó del gobierno sino también, la reducción despiadada de mi presupuesto que nunca fué de cincuenta millones como afirma el Sr. Rioseco, pero que sí llegó durante dos años a cuarenta millones anuales y que al final, después de mi renuncia, quedó reducido a veinte millones. Lo que yo hice con los cuarenta millones anuales, lo puede ver el Sr. Rioseco si se toma la pena de hacer el viaje a la capital de México, donde todavía se enseña al turista: El Estadio y las Escuelas Primarias, y una Gran Escuela Secundaria y un gran Palacio, amén de Bibliotecas, etc. que se hicieron con ese dinero, que el Sr. Rioseco no sabe en que se empleó. Por lo menos ha quedado allá lo que no puede destruir la estulticia, la obra de manpostería.

El segundo cargo que me hace el Sr. Rioseco es inexacto de hecho. Jamás me negué a tratar para la compra de la Biblioteca del Sr. García, lo que pasa es que como era natural, procuré obtener un precio bajo porque no trataba para mí sino para el gobierno y los dueños en realidad sólo estuvieron tratando con el gobierno, para disimular el convenio que ya habían celebrado con una rica Universidad extranjera, convenio que no se hizo público sino después de

que las cajas habían salido de México, pues abrigaban el justo temor de que el Gobierno prohibiera la salida de los libros, ya que muchos de esos libros fueron adquiridos, por el autor de la colección, mientras desempeñaba cargos públicos que le sirvieron, para obtener la oportunidad de adquirir ejemplares raros.

Con el afecto de siempre le envío mis saludos. Permaneceré en París alrededor de un mes y en seguida es probable que realice un viaje a Rusia. De todas maneras le ruego me siga enviando el REPERTORIO a cargo de la Legation du Mexique. Boulevard Haussmann 144. París.

Suyo con todo afecto,

J. V.

Mi querido amigo:

Creo que no debe dejarse sin respuesta el grito del poeta chileno D. Arturo Torres Rioseco. Protesta contra la actitud de los Gobiernos de Chile y de Perú en el caso de Tacna y Arica y hace mucho tiempo que yo he formulado protestas semejantes. Desde hace más de dos años manifesté que me parecía indigno someter la cuestión al arbitraje de una Nación poderosa y extraña como los Estados Unidos en vez de resolverla por tratos directos o por arbitraje de la Argentina o del Brazil o de México. Yo habría recomendado el arbitraje de España si no fuese por el ruin Monigote que en tal caso hubiera tenido que intervenir en el asunto.

De todas maneras, es indigno que la armonía del continente latino siga empañada, por una cuestión que no trae honra a ninguna de las dos contendientes; por una cuestión que debiera sacrificarse en aras de un patriotismo superior al patriotismo chileno y al patriotismo peruano, el patriotismo continental.

Pero lo que no entiendo bien en la carta del señor Rioseco es el párrafo en que dice: «Con menos hipocresía Chile hubiera podido retener las dos provincias. Perú sabe bien que no puede sostener una guerra sin perder otra costilla...» Semejantes frases me suenan más a reto que a deseo de fraternidad. Me parece que también sería necesario protestar contra estas frases de Rioseco. Pero lo que menos entiendo de la carta que comento es el párrafo en que el mismo esforzado poeta, parece protestar, porque los yankees le van a dar un puerto a Bolivia. Enhorabuena que se proteste porque los yankees resuelvan nuestros asuntos; pero que la protesta se formule bien clara, tan clara que no deje lugar a duda con respecto al derecho que tiene Bolivia a ese puerto. Un derecho natural tan evidente, que si no existiese en tratados y antecedentes habría que crearlo, pues Bolivia no puede ni debe seguir viviendo sin puerto. En todo el embrollo del Paci-

fico lo único que nos interesa a los que sólo vemos el interés continental, es que Bolivia tenga su puerto, para que Bolivia pueda ser grande, junto con Chile y Perú.

Quedo de usted, mi querido García Monge, suyo afmo. y S. S.,

J. VASCONCELOS

De la belleza

Afectuosamente a don J. GARCÍA MONGE, maestro del espíritu.

AH, pobre de aquél que niegue la belleza de Dios: la que palpita en la naturaleza; la que asombra en el arte; la que vibra en algunas almas!

Quien no la haya visto manifiesta en alguna forma, debe ser un monstruo. Porque cada cual la siente más o menos hondamente, según su cultivo de los sentidos y más aún, según la capacidad de percepción psíquica de que esté dotado.

La belleza que hay en el arte, es una unión de lo humano y lo divino; es el impulso creador que hay en el artista, tomando forma humana en sus propias manos. Y así, vistiendo de mármol un pensamiento, el hombre ha copiado al hombre y ha copiado a la naturaleza.

Las otras dos formas de lo bello: la de las cosas naturales y la de las almas, son más grandes, más hondas, más altas; son puras, inmaculadas; no hay en ellas la voluntad tiránica del hombre; pues que nadie pone pinceladas en el ocaso, ni hace aparecer en un instante, toda una floración de guarías sobre las montañas; ni puede aplacar ni dominar el bramido y la potencia de los mares; ni desenvolver en el trascurso de unos días, el capullo que brotará en flor, o que dará a luz una frágil mariposa. Ni hay quién ponga penachos de llamas a los volcanes, ni quien pueda apagar o encender estrellas a su antojo!

Y las almas sencillas, múltiples, diáfanas—mundos que tienen su belleza propia—la más alta y divina de todas. De las almas son el amor, la música, la ternura, las lágrimas, la luz, el dolor. Elevan hasta Dios en un silencio y en un beso descienden hasta Job! Abismos a veces y campos de luz en ocasiones; silenciosas, sombrías, alegres y floridas, misteriosas, perfumadas, musicales, astrales, de llamas o de sedas, torturadas o dichosas, las almas son infinitos que se tienden entre el hombre y Dios!

CLARA DIANA

San José, Costa Rica,
Setiembre de 1926.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Señas de escritores

Segunda lista

Agustín Acosta. Jagüey Grande. Cuba.
Rafael Altamira. Lagasca, 101. Madrid. España.

José G. Antuña. 3 Rue du Colonel Renard. París, XVIII e.

Ismael Enrique Arciniegas. 30, rue Jean Goujon. París.

Augusto Arias. Biblioteca Municipal. Ecuador. Quito.

Prof. C. Barcia Trelles. Universidad de Valladolid. España. Valladolid.

Pío Baroja. Mendizabal, 34. Madrid. España.

Luis Bello. En EL SOL. Apartado 249. España. Madrid.

José Bergamin. Castellana, 13. Madrid. España.

Julio Camba. Av. Menéndez Pelayo, 27. Madrid. España.

R. M. Carabaño. Antosanti, 7. Santurce. Puerto Rico.

Dr. Diego Carbonell. Universidad. Caracas. Venezuela.

L. Cardoza y Aragón. 7, Rue de Belzunce. París Xe.

G. Castañeda Aragón. Calle Real. Barranquilla. Colombia.

Eugenio de Castro. 11, Dr. Luis da Costa. Coimbra. Portugal.

Julio Cejador. Glorieta de Quevedo, 1.º España. Madrid.

Cayetano Coll y Cuchí. Allen, 82. San Juan de Puerto Rico.

J. Santos Chocano. Apartado 365. Perú. Lima.

Leopoldo Díaz. Ministro de la República Argentina. Asunción. Paraguay.

H. Díaz Casanueva. Casilla 2898. Chile. Santiago.

Juan España. Caracas. El Valle. Venezuela.

Alfonso Espino. San Salvador. El Salvador.

Alfonso Fabila. Calle de San Pedro de los Pinos, 13. Colonia del Valle. Mixcoac, D. F. México.

A. Fabra Rivas. Francos Rodríguez 22, prov. Madrid. España.

Manuel Gálvez Pampa, 2502. Buenos Aires. República Argentina.

Gerardo Gallegos. Ap. 1180, Guayaquil. Ecuador.

R. F. Giusti. Libertad 747, 1er piso. Buenos Aires. República Argentina.

Alberto Ghirardo. Mayor, 65. Madrid. España.

Samuel Glusberg. Rivera Indarte, 1030. Argentina. Buenos Aires.

E. Gómez Carrillo. 61 Boul, Haussmann. París.

E. Gómez de Baquero. Libertad, 16. Madrid. España.

Manuel González Zeledón. 50 Church Str. New York City. U. S. A.

Frco. Grandmontagne. Oquedo, 16. Madrid. España.

Martín Luis Guzmán. Av. Plaza de Toros, 12. España. Madrid.

Ernesto A. Guzmán. Casilla 1061, Santiago de Chile.

Max Henríquez Ureña. Aguilera Alta, 10. Santiago de Cuba.

P. Henríquez Ureña. Calle 55, N.º 488. Argentina. La Plata.

A. Hernández Catá. Consulado de Cuba. Alberto Aguilera, 35. Madrid. España.

Dr. Luis Alberto de Herrera. Larranaga, 150. Montevideo. Uruguay.

Cornelio Hispano. Apartado 234. Bogotá. Colombia.

Juana de Ibarbourou. Av. Comercio, 318. Entre Rivera y el Mar. Montevideo. Uruguay.

Lic. Xavier Icaza. Ap. número 7. Jalapa, Ver. México.

Antonio Iraizos. Legación de Cuba, Lisboa. Portugal.

R. Jaimes Freyre. Ministro de Bolivia. Washington, D. C., U. S. A.

F. Laguado Jayme. Ap. 1633, Habana. Cuba.

Guillermo Jiménez. Bucareli, 115. México, D. F. México.

Juan R. Jiménez. Lista, 8. Madrid. España.

Sylvio Julio. Copabana. Rua Ipanema, 30. Río de Janeiro. Brasil.

Santiago Key-Ayala. Caracas. Venezuela.

A. Lamar Schweyer. A. N.º 28. Vedado, Habana. Cuba.

REVUE DE L' AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

Principales colaboradores

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henry de Regnier, de la Academia Francesa, Magalhaes Azevedo, Luis Guimarães y Graça Aranha, de la Academia Brasileña, Marius André, Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrère, Francisco García, Calderón, F. de Homem Christo, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyes, J. H. Rosny Ainé, etc.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año, \$ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,
84. Boulevard de Courcelles.—París (17é).

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: . . . \$ 6.00 oro.

La canción de la vida profunda

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar...
Tal vez bajo otros cielos la gloria nos sonríe...
La vida es clara, undívaga y abierta como el mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en Abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión...

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de obscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútiles monedas tasando el Bien y el Mal...

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos,
(niñez en el crepúsculo, lagunas de zafir!...)
que un trino, un verso, un monte, un pájaro que cruza
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer...

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar:
el alma gime entonces bajo el dolor del Mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar...

Mas hay también, oh Tierra! un día, un día, un día,
en que levamos anclas para jamás volver,
un día en que discurren vientos inexorables...
un día en que ya nadie nos puede detener!...

PORFIRIO BARBA JACOB
(Colombiano).

Una hermosa poesía

Estimado don Joaquín:

Hacia días estaba por enviarle, robándole unos cuantos minutos a mi prosaica labor cotidiana, esta profunda poesía del poeta Porfirio Barba Jacob, quien residió largos años en Guatemala y actualmente vive en Lima, titulada: *La canción de la vida profunda*.

Años han pasado sin que haya leído en las revistas de nuestra América, colmadas de versos mediocres, una poesía tan honda y tan profundamente sentida como esta que le envié para su publicación, por ser tan poco conocida. En cada estrofa vibra un delicadísimo y emocionante estado de alma, de esos días oscuros, de esas opacas horas, de esos minutos placenteros en que por causas anímicas, tal vez dependientes del mejor o peor funcionamiento del hígado, somos sombríos, alegres, activos o perezosos, mezquinos o pródigos, impúdicos o castos en una desconcertante y tornadiza mescolanza.

De los versos de Ricardo Arenales, hoy Porfirio Barba Jacob, dice Arévalo Martínez en *El hombre que parecía un caballo*, que son «una maravillosa cristalería teñida de las cosas ambientes: esmeraldas, rubíes, ópalos», y allí mismo anota lo siguiente: «El señor Aretal tiene una elevada menta-

lidad, pero no tiene espíritu: es amoral. Es amoral como un caballo y se deja montar por cualquier espíritu».

Estos maravillosos versos de una fina emotividad, de un raro corte moderno, de una dulce armonía verbal, de un ritmo inquietante que nos penetra el alma de extrañas melancolías, acaso hayan sido inspirados en este bello fragmento del libro *Sobremesa* de ese espíritu atormentado por hondas complicaciones que se llamó José Asunción Silva. Oíd cómo el precursor colombiano habla de esos días radiantes en que nuestro ser está dispuesto a dejarse colmar como un ánfora por todas las emociones alegres de la vida, y esotros días en que el vaso frágil de nuestro corazón rebosa todas las hieles del mundo:

«Unos días, al besar una boca fresca, al respirar el perfume de una flor, al ver los cambiantes de una piedra preciosa, al recorrer con los ojos una obra de arte, al oír la música de una estrofa, gozo con tan violenta intensidad, vibro con vibraciones tan profundas de placer, que me parece absorber en cada sensación toda la vida, todo lo mejor de la vida, y pienso que jamás hombre alguno ha gozado así; y que en otros, cansado de todo, despreciando, odiando todo, sintiendo por mí mismo y por la exis-

tencia un odio sin nombre, que nadie ha experimentado, estúpido, inerte, con la cabeza en las manos, y llamando a la muerte ya que la energía no me alcanza para acercarme a la sien la boca de acero que podría curarme del horrible, del tenebroso mal de vivir...»

No es que esta bella *Canción de vida profunda* sea realmente una paráfrasis del anterior fragmento, pero sí el ramalazo luminoso del estímulo que siente el artista para la creación y que aguija la emoción adormecida que yace en estado de crisálida. En estos versos hay el ritornelo inquietador y elegante de algunas poesías de Poe, el genio americano tardíamente comprendido por sus compatriotas, y un fuerte sello de originalidad y gracia, tan raramente escaso en nuestros versificadores.

Por lo demás, estimado amigo don Joaquín, si usted que es en nuestra América un noble sembrador de ideas, encuentra que no es hiperbólico el elogio que de ella hago, échela a volar en las columnas de esa rosa náutica del espíritu que se llama el REPERTORIO AMERICANO.

Lo abraza su amigo de ahora y de siempre,

EDMUNDO VELÁSQUEZ

San José, Costa Rica,
15 de setiembre, 1926.

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mutúos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt.
París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

EL EDUCADOR

Semanario dedicado a la defensa de los intereses de la Educación Pública.

Director: Lic. Aníbal Ríos D.

El número suelto vale 5 cts. oro.

La suscripción a la serie de 12 números vale 50 cts. oro.

Apartado 325. Panamá. R. de P.

Alejandro Edilio Borges,

Agente General de Revistas y Publicaciones, desea entrar en relaciones con los editores hispanoamericanos, para lo cual necesita que le envíen muestras y condiciones. Boulevard Baralt, Maracaibo. Venezuela.

Anoche hice, poeta, un milagro en el mar...

Para el REPERTORIO AMERICANO

¡Oh, tú, Rafael Estrada, de la mirada china!
Observador benigno de la tragedia humana;
pido la luz que alumbra de noche tus cuartillas,
para escribir las letras que hoy me murmura el viento.

Sonreírle supe al mar iracundo y violento,
diciéndole amistoso mis palabras sencillas,
por la dicha materna, por la novia y la hermana,
por mi vida asustada de su rabia asesina.

Con la bondad consíguese la gracia bautismal
junto a las aguas límpidas de la serenidad;
hasta en las mentes canas hay cánticos vernaes,
y se sonríe a la muerte, ya sin saber por qué.

Así se hace el milagro aunque nadie lo ve;
el hombre pisa entonces las sendas celestiales,
y al recibir los dones de la Divinidad
matrimonio los polos de la virtud y el mal.

Noche de tempestad, la de anoche, en el mar.
Ciñó triples coronas de arrugas en las frentes,
en vaivenes de angustia desmadejó los pasos
y quemó en las pupilas el cirio del temor.

Cuando todos huyeron, mi palabra de amor
goteó sobre las olas los suavísimos rasos
de los antiguos óleos, que nautas diligentes
untaron en las llagas que hacen rugir al mar.

Irguióse, desgraciado, mi orgullo ante el milagro
qué realizó esa noche mi voz afortunada,
teniendo el alma artista de arcángel en la gloria
y azules en los ojos las luces taumatúrgas.

Con intenciones santas, si las maldades hurgas,
y del gusano libras la entraña enamorada,
el corazón romántico delatará su euforia,
y salvará del fuego el leño de Meleagro.

Porque la tempestad se acurrucó, doncella
tímida y recatada, de bruma azul vestida,
el corazón sufrió el beso profanado
de los sensuales labios de las satisfacciones.

Y ya fueron inútiles mis locas oraciones
para evitar que huyese el milagro logrado,
y sólo llevaré su recuerdo en la vida
como llevan los ojos la ilusión de la estrella.

¡Oh, tú, Rafael Estrada, de la silueta dura!
que eternizas las horas en tus tenues cuartillas;
yo que tuve en mis manos la Rosa de los Vientos,
la deshojé inconsciente del fracaso imprevisto.

Con la Rosa perdí el aliento del Cristo,
—inútiles crispáronse los dedos avarientos—
y el alma que admiraron las pobres avecillas,
volar sobre lo inmenso vanamente procura.

PÍO TAMAYO

Mar de Darién. Agosto de 1926.

NOTA: Dirijase la correspondencia a Pío Tamayo,
Hacienda «El Callao», Tocuyo, Estado Lara. Vene-
zuela.

El amor engalanado

por AMARÚ

AMARÚ, poeta indio del siglo VI, probablemente contemporáneo de Kalidasa, no fué conocido sino hasta el año de 1808, cuando un sabio bramán publicó unas cien estrofas suyas que en parte fueron traducidas al francés por Apudy. Después fueron descubiertas en Hyderabad las obras completas de Amarú, adicionadas con numerosos comentarios, hechos algunos por el mismo poeta y algunos por sus copistas. La vida de Amarú nos es casi desconocida; hasta su estado y condición nos es de todo punto incierto: algunos afirman que fué un rey, otros que un bramán, otros que ambas cosas.

El género literario cultivado por este poeta fué el de la poesía lírica y en especial el de la poesía amatoria. Sus versos están saturados de un sentimentalismo tan dulce como exaltado, y se pueden colocar a la par de los de Safo, Teócrito, Hafiz y Omar Kayam como las grandes joyas de ese género literario.

La traducción de estos pequeños poemas, verdaderos Haikais japoneses tanto por el fondo como por los re-

ducido de su forma, está tomada de la que hizo al francés Franz Toussaint, y apenas si da una idea de los tesoros que encierra la hermosa lira de Amarú.

JOSÉ B. ACUÑA

San José, 5 de enero de 1926.

El poder de las lágrimas

Sin intentar detenerle por sus vestiduras, sin extender el brazo para cerrarle la puerta, sin caer a sus pies, sin pronunciar siquiera esta sencilla frase: «Quédate», ella vuelve hacia él sus bellos ojos llenos de tristeza. Y el galán que huía, he aquí que se detiene contenido por las lágrimas de su amante como si fuesen un torrente desbordado.

Los destrozos augustos del amor

Le espero. ¿Por qué no llega? Suspiro, contemplo la senda. Escribo versos melancólicos... Me consumo como un matorral de Masurá que, encendido en la calma de la tarde, perfuma la campiña.

La ingrata

Tu amor por mi, Gayatri, es más inconsistente que el movible reflejo de la palmera

sobre las aguas de un lago hendido por las barcas. A pesar de que el lago vuelve a ser como un espejo cuando se han alejado, tu corazón permanece siempre en la duda aunque me hayas perdonado.

Carta

Te escribo a la luz de la luna. Me han llamado mis amigas, pero yo he querido permanecer en este cuarto donde tú vives siempre. He aquí que lloro todavía... Para olvidar mi pena he mirado el jardín oreado por la brisa. La sombra de una hoja de bambú traza en la arena azulada un vocablo desconocido que debe de ser tu nombre...

La perdida pena

Cuando me mira, yo me pongo a contemplar la flor o la amiga que se halla cerca de mí.

Cuando su voz melodiosa me suplica, zumban mis oídos y no comprendo su acento cariñoso.

Cuando un estremecimiento involuntario me sacude, murmuro: «Qué frío hace aquí».

Cuando mis mejillas se enrojecen, las oculto entre mis manos temblorosas...

Pero entonces, oh dulces compañeras, los latidos de mi corazón hacen moverse la túnica, y él se da cuenta de que le amo!

Valor

—Me acaba de abandonar, pero yo seré valerosa... No conocerá mi desesperación. Tú ves, Pradyumná, que sonrío...

—Tu sonrisa es triste como la primera aurora sobre un pueblo incendiado.

El tentador

—Sentiré mucho calor, dulce amigo.
—Mi casa está construida al borde de un riachuelo y la baña un continuo frescor.
—Si voy hacia ti, me verán, dulce amigo.
—Mi casa está en el bosque. Solamente las orquídeas te verán pasar...
—La orquídea se lo dirá a la abeja y la abeja al pájaro-hablador que lo repite todo.
—Cuando hayas pasado las orquídeas se quedarán mudas de éxtasis...
—Tal vez... Pero mi madre, a mi regreso, verá mi cabellera deshecha.
—Te la peinarás ante mi espejo... Y el guardará la imagen de tu radiante sonrisa.
—Te amaré, dulce amigo, y entonces no podré sonreír más.

La lluvia

¡Oh lluvia, te lo agradezco! Al cuerpo se ceñía su vestido y la tela luciente con el agua dibujaba sus formas perfectas... Tu estabas como desnuda, Sanabavi! Pero cuando el arco iris ha florecido, ¿quién calentó tus senos temblorosos?

Placer mutuo

Extenuada, pero ardiente todavía, tu amiga ha dirigido hacia ti sus bellos ojos ornados con las galas azules de la voluptuosidad. Su cabellera está en desorden, en un amable desorden, un rocío de sudor perfumado adorna su frente y sus brazos te retienen...

Dime, ¿qué más pides a los dioses?

La querrela

—Entonces, ¿tú le quieres?
—Precisamente.
—¿Ignoras que también le amo?
—Lo temía... Pero como somos dos para quererle, si una muriera, no quedaría él sin amante.
—Tú.. ¡Morir!—dijo enseguida Ampati, sin poder contener sus lágrimas.
—Nadie sabe...
—Oh Sadahi, luz de mi vida, ¿no has comprendido que te quiero y que estoy celosa?

El juramento

Un día, Sita, una joven hija de Ratnavali escribió sobre un pétalo de rosa el siguiente juramento: «Al más hermoso galán del mundo, no, no le querré jamás, porque el amor es demasiado cruel».

No bien hubo escrito estas palabras cuando el zéfiro le arrebató el pétalo y el juramento.

La inundación

El frágil puente de bambú que unía las riberas del Malani, no lejos de la morada de mi amor, el puente de Malani, ha sido arrebatado por la inundación. Y ahora mi amor se halla encerrada en una isla, pues, del otro lado de su casa, el torrente es infranqueable. Su padre, ¿tendrá suficiente panizo, suficiente leña? ¡Ay! la lluvia continúa... Todas las tardes subo a la colina

desde donde se vislumbra un pequeño resplandor titilante que me indica la casa de Sarmitcha. Brilla en la húmeda noche como una mirada velada por el llanto.

Honorable desespero

Está sentado cerca de ella, sobre el mismo sofá, entreteniéndola con dulces coloquios. Pero ella vuelve la cabeza y le zahiere.

Al fin, exasperado, él se calla. La bella caprichosa, entonces, juzgándose ofendida por este silencio, reclina dulcemente la cabeza sobre la espalda de su amado, y se pone a sollozar.

Las noches

Mi tierna amiga Sodora vuelve a su casa a la caída del sol. Numadavi, que es un guarda del templo, me abandona cuando brilla la estrella Asva y yo duermo en mi lecho de cañas.

Muy a menudo sueño que Numadavi se ha quedado y que me acaricia hasta el despuntar de la aurora!

Acerca de una esposa

La mirada de esta joven esposa es más inquietante que la de la gacela herida de muerte. Sus piernas, firmes y redondas, semejan el tronco del banano. Su talle esbelto humilla la palmera y su garganta tiene una gracia incomparable.

Sus senos se hallan henchidos de la dulce ambrosía que manará en las libaciones de la consagración del Amor...

La paz

—¿Por qué ese llanto? ¿Por qué esos gritos? Mira, he bajado el borde de tu vestido. Cielos! nunca te he visto tan encolerizada...

Así se expresaba la infiel. Pero ella abrazó a su amiga que sintió expirar, sobre sus labios agitados, el reproche que iba a formular.

Coquetería

—¿Y qué te ha hecho después?
—Ha colocado en mi cabeza un pequeño manojo de hierbas y se fué a buscarme leche.
—¿Tú te dormiste?
—¡Qué has dicho! Me levanté enseguida. Quebré una rama de dadali y con su sabia enrojé mis labios, después ensombrecí mis párpados con el jugo de una ciruela silvestre. En fin, empolvé mis senos con el polen de un inmenso nelumbo que perfumaba nuestro escondrijo.

El guarda

—A dónde vas así en esta noche oscura, joven hermosa?
—Vuelo a donde me aguarda aquél que es más bello que el día.
—¿Qué! ¿no tienes miedo de ir sola?
—¿No es mi compañero de viaje el Amor con sus temibles flechas?

Respuesta inesperada

—Esos lánguidos ojos, húmedos de amor, que se abren y se cierran como las alas de una paloma enamorada, esos ojos que expresan locamente lo que se pasa en tu interior,

¿sobre qué dichoso mortal vas a fijarlos?

—Sobre aquel que me hable de mi amado...

Hospitalidad

En vez de lotos azulados, ella le ofrece su dulce mirada. En vez de jazmines le ofrece en su sonrisa, sus dientes luminosos. En vez de la copa destinada a las libaciones, sus senos palpitantes de amor...

Así con sus propios encantos la amada puede festejar, según los ritos, la vuelta del viajero querido.

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Casos

Demanda presentada por el Colegio de Farmacéuticos por medio de su Presidente contra la resolución de 5 de Febrero de 1926, dada por el Poder Ejecutivo, a favor de Ricardo González Veranes. Imp. Universal. San José, Costa Rica, 1926. (Don. de Horacio Acosta).

Derecho

CARLOS H. PAREJA: *Las obligaciones en Derecho Civil Colombiano*. Prólogo del doctor José la Vega. Bogotá. Imp. Nacional. 1926. (Don. del A.)

Municipalidades

Primer Congreso Nacional de la Unión de Municipios Cubanos. Discurso de clausura pronunciado por el Profesor de Gobierno Municipal en la Universidad de la Habana doctor F. Carrera Justiz. Imp. «La Prueba». Habana. (Don. del A.)

Educación

MEDARDO VITIER: *Lo Fundamental*. Ideas sobre educación. Matanzas, Cuba. 1926. (Don. del A.)

Automovilismo

El libro del automovilismo. Obra publicada bajo los auspicios del «Touring Club Peruano». Lima, Perú. (Don. del T. C. P.)

Leyendas

LUIS E. VALCARCEL: *De la vida inkaica*. Algunas captaciones del espíritu que la animó. Dibujo de José Sabojal. Editorial «Garcilaso». Lima, 1925. (Don. de Adalberto Vara Blanos).

Agricultura

Fomentando el uso de la leche por medio de campañas educativas que tengan por lema la frase «Leche para la salud». Del *Boletín de la Unión Panamericana*. Wash. D. C. (Don. del B de la U. P.)

Arte

ROBERTO MONTENEGRO: *Mascaras mexicanas*. Prólogos y recopilación de R. M. México, D. F. (Don. del A.)

FAUSTINO BRUGHETTI: *Pedagogía artística*. (El tecnicismo) Reflexiones «La Plata», 1926. (Don. del A.)

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Las pérdidas de Juan Bueno

Este era un hombre que se llamaba Juan Bueno. Se llamaba así porque desde chico, cuando le pegaban un coscorrón por un lado, presentaba la cabeza por otro. Sus compañeros le despojaban de sus dulces y bizcochos, le dejaban casi en cueros, y cuando llegaba a la casa, sus padres, uno por aquí, otro por allá, a pellizco y mojiçón, le ponían hecho un San Lázaro. Así fué creciendo, hasta que llegó a ser todo un hombre, ¡Cuánto sufrió el pobrecito Juan! Le dieron las viruelas y no murió, pero quedó con la cara como si hubiesen picoteado en ella una docena de gallinas. Estuvo preso por culpa de otro Juan, que era un Juan Lanás. Y todo lo sufría con paciencia, a punto de que todo el mundo, cuando decían: «¡Allá va Juan Bueno!» soltaba la risa. Así las cosas, llegó un día en que se casó.

* *

Una mañana vestido con manto nuevo, sonriente, de buen humor, con su gloria de luz en la cabeza sus sandalias flamantes y su largo faldón florido, salió el señor San José de paseo por el pueblo en que vivía y padecía Juan Bueno. Se acercaba la noche de Navidad e iba él pensando en su niño Jesús y en los preparativos del nacimiento, bendiciendo a los buenos creyentes y tarareando de cuando en cuando, uno que otro aire de villancico. Al pasar por una calle oyó unos lamentos que partían el alma, y el excelente santo, llevado por su generoso corazón, se dirigió a la casa de donde salían aquellos lamentos y encontró, ¡oh cuadro lastimoso! a la mujer de Juan Bueno, pum, pum, magullando a su infeliz consorte. «Alto ahí», gritó el padre putativo del Divino Salvador. «¡Delante de mí no hay escándalos!» Así fué. Calmóse la feroz gorgona, se hicieron las paces, y como Juan refriese sus cuitas, el santo se condolió, le dió unas palmaditas en la espalda, y despidiéndose le dijo:

«No tengas cuidado. Ya cesarán tus penas. Yo te ayudaré en lo que pueda. Ya sabes, para lo que se ofrezca: en la parroquia, en el altar a la derecha. Abur».

* *

Contentísimo quedó el buen Juan. Y no hay palabra para qué decir si iría donde su paño de lágrimas, día a día y casi hora hora. «¡Señor, que esto! ¡Señor, que otro! ¡Señor, que lo de más allá!» Pedía todo y todo le era concedido. Lo que sí le daba vergüen-cita contarle al santo era que su tirana no perdía la costumbre de aporrearle. Y cuando San José le preguntaba: «¿Qué es ese chichón que tienes en la cabeza?», él reía y cambiaba de conversación. Pero San José bien sabía... y le alababa la paciencia.

Un día llegó con la cara muy afligida. «Se me ha perdido, gimoteó, una taleguilla de plata que tenía guardada. Quiero que me la encontréis», «Aunque esas son cosas que corresponden a Antonio, haremos

lo que se pueda. Y así fué. Cuando Juan volvió a su casa, halló la taleguilla.

Otro día llegó con un carrillo hinchado y un ojo a medio salir: «¡Que la vaca que me diste se me ha desaparecido!» Y el bondadoso anciano: «Anda, que ya la encontrarás».

Y otra vez: «¡Que el mulo que me ofrecisteis se fué de mi huertecito!» ¡Y el Santo: «Vaya, vaya, vete que él volverá». Y por tal tenor.

Hasta que una ocasión el Santo no se encontraba con muy buen humor, y se apareció Juan Bueno con la cara hecha un tomate y la cabeza como una anona. Desde que le vió: hum, hum, hizo el Santo. «Señor, vengo a suplicaros un nuevo servicio. Se me ha ido mi mujer, y como vos sois tan bueno...

San José alzó el bastón florido y dándole a Juan en medio de las dos orejas, le dijo con voz airada:

—¡Anda a buscarla a los infiernos, zopenco!

RUBÉN DARÍO

(Rubén Darío en Costa Rica
San José de C. R., 1920.)

La raíz y el gusano

(Apólogo)

Sobre un barranco cortado a tajo, un árbol cuajado de flores rojas domina la extensión del paisaje. Por entre la tierra resquebrajada de esta pared, revientan algunas raíces de un amarillo lánguido que, sedientas de humedad, se asoman a mirar un riachuelo de aguas escasas que corre allá abajo.

Un gusano viscoso, de anillos cambiantes como el color de ciertos ópalos lechosos, se arrastra con lentitud sobre una raíz retorcida, cuya extremidad se endereza al cielo acaso en demanda de un poco de lluvia benéfica. El gusano se ha detenido un rato entre satisfecho y egoísta, pues comprende la angustia de esta raíz enjuta por el prolongado verano.

De pronto, el gusano le susurra a la raíz este discurso:

—No puedo negar que hoy me arrastro penosamente sobre tu lomo; que corro el riesgo de ser pasto de las hormigas voraces o de morir entre el pico de algún pájaro cazador, pues no poseo medios de defensa: que me fabrico mi propia tumba momentánea al convertirme en crisálida; pero mañana seré mariposa de vivos colores y el espacio libre será mi morada.

—Tienes razón de todo cuanto dices, balbuce la raíz humildemente, pero no son correctas las alabanzas de las cualidades con que nos dotó la naturaleza, porque en ello no hemos hecho ningún esfuerzo. Hoy me muero de sed y no hay quien acuda a apagar mis ardores. Sin embargo, nunca me quejo, por que comprendo que me tocó este lote entre las terrenales distribuciones. Y hay que conformarse y no protestar, porque generalmente todas las protestas por justas que ellas sean, en los tiempos que corremos son ridículas si no las respalda la fuerza. Pudiera argüirte que mi posición es más sólida que la tuya, que mi destino es succionar el jugo de la tierra para convertirme en savia y reventar con la llegada de la última primavera en flores y frutos, mas prefiero guardar un discreto silencio.

—Tu vida es pasiva y oscura, responde el gusano, y yo en cambio, con el giro de mis alas multicolores, tendré en breve la luz, el aire, el perfume y la miel de las flores.

—Ciertamente, insinúa la raíz, mi vida es subte-

rránea, pero tengo en desquite muchas satisfacciones: Cuando el huracán sopla fuerte en su bocina bronca, mis hermanas y yo nos aferramos a la tierra con más ahinco para impedir que descuaje nuestra obra. Así como entre los hombres la moral es la base de toda acción, nosotras constituimos el mayor bien del árbol. Somos en principio su creador. En nuestra larga noche de años nosotras acendramos pacientemente la complicada gestación de los gigantes de la selva.

—Tanto ufanarse, dice el gusano, y tu obra caerá tarde o temprano a los tajos del hacha inmisericorde y mañana serás astillas, cenizas, nada.

—Conformes, dice la raíz. Devolveré en beneficios al ser destruida mi obra, lo que estábamos destinadas a dar: En fuego para el hogar, en abrigo para las viviendas y en las dos cajas de cuatro tablas para la cuna y el viaje postrero. Tus hermanos en cambio, en el festín del sepulcro, tornan al hombre en una espantosa carroña. En este mundo hay que ser útil en algo.

Días más tarde, cayeron las primeras lluvias y la raíz sedienta se hinchó con nueva savia para proseguir su labor subterránea. El gusano dormido en su sueño de crisálida reventó algunos soles después en una linda mariposa que al hacer el primer vuelo, un pájaro que anidaba en el árbol y que había oído esta conversación, se la engulló con tranquilidad. Al ver esta escena de sangre, la raíz filosóficamente sufrida, se hundió con más fuerza entre la tierra a continuar su misión útil y silenciosa.

* *

En estos países de la América indo-española son muchos los gusanos vocingleros y pocas las raíces dotadas de un buen sentido práctico que trabajan con provecho. Mientras tanto, los Estados Unidos son el pájaro cazador que vigila desde la cimera de un pino del Norte para caer sobre las mariposas indefensas.

CARLOTA BRENES ARGÜELLO
(Blanca Milanés)

San José - Costa Rica
Agosto, 1926.

Fray Juan Bernardes

Por la sierra de Cintra que murmura
de aguas que corren por la verde umbría,
y en soledad (ausencia de criatura,
mas presencia de Dios) Fray Juan vivía.

Con él una gacela. ¡Compañía
suave y amorosa! Con ternura
sus místicos cantares él leía
a la flor, la gacela, el agua pura.

Y en las pupilas de su compañera
veía el Santo el alba, luz primera
que rezar le mandaba al Creador.

Y ella, en ojos del Santo, vislumbraba
la estrella vespéral, que le mandaba
recogerse a la gruta, en paz y amor.

TEIXEIRA DE PASCOAES

Buda

Siguiendo Buda, un día, su camino,
bajo el sol, cuyos rayos le abrasaban,
vió echado un pobre can, viejo, mohino:
sus carnes en gusanos pululaban.

Llegóse a él; con amoroso tino
limpió las llagas pútridas, ¡que daban
tal hedor!... libertando al can mezquino
de los gusanos que le remataban.

Y siguió caminando, descontento...
Pensaba en los gusanos, de alimento
privados, que iban luego a perecer.

Volvióse a donde estaban; y un pedazo
de carne allí cortóse de su brazo:
y los bendijo, y se la dió a comer.

TEIXEIRA DE PASCOAES

Ofir

I

Desde que el joven rey ocupa el trono,
cada noche su canto le hace oír
una sirena: impídele dormir
de la argentina voz el suave tono.

—«Para ti magnas glorias ambiciono.
¡Ven conmigo, si quieres conseguir
una isla de luz, llamada Ofir,
navegando entre niebla en abandono!»—

¡Ofir! ¡Ofir!... El rey mirando al mar,
piensa ver entre brumas cintilar
de la isla el fulgente baluarte...

¡Ruegos vanos, inútiles consejos!
¡Llorad, novia lozana y ayos viejos!
En demanda de Ofir la flota parte.

II

¡Nunca volvió! Volviera solamente
el pobre rey, ya viejo y desastrado.
¡Mas, ay, que otro monarca está sentado
en su trono de plata refulgente!

—«Soy el rey»—clama el viejo inútilmente...
No más le reconoce un fiel criado,
que un anillo de gemas le ha guardado,
de aquella novia, que murió, presente.

Siente el usurpador codicia de él.
—«Dame aquel bote que en las olas danza
si esta sortija quieres conseguir».—

Cede el usurpador; y en el batel
de nuevo el rey iluso al mar se lanza
para buscar la fabulosa Ofir.

EUGENIO DE CASTRO

(Traducciones de E. DIEZ CANEDO)